

## La concepción autoritaria del mundo

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

“Crear una nueva cultura, ha escrito Gramsci, no significa sólo hacer individualmente descubrimientos originales; significa también, y especialmente, difundir verdades ya descubiertas, socializarlas, por así decir, convertirlas en base de acciones vitales, en elementos de coordinación y de orden intelectual y moral. Que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y en forma unitaria la realidad presente, es un hecho filosófico mucho más importante y original que el hallazgo, por parte de un genio filosófico, de una nueva verdad que sea patrimonio de pequeños grupos intelectuales”.<sup>1</sup>

En ese proceso de creación cultural juega un papel importantísimo la formación, el desarrollo y la difusión de una concepción del mundo por parte de la clase dominante. Una nueva organización de la cultura, como la que está emergiendo en Chile, no podría existir sin una ideología propia, sin una concepción del mundo que proporcione esquemas comunes de interpretación, un orden intelectual y moral, y unos códigos compartidos de comunicación social. Pues la función esencial de toda concepción del mundo es precisamente esa: unificar un conglomerado político-social confiriéndole una comunidad de pensamiento y metas culturales; desarrollar una conciencia de clase y una identidad colectiva entre aquellos que luchan por imponer y difundir su propia concepción del mundo; conformar una auto-comprensión del propio papel histórico, del sentido de la acción y del orden buscado; demarcar un sistema de límites simbólicos y culturales frente a los otros, los adversarios, los extraños, los que son diferentes a uno; encauzar la creatividad del bloque en el poder para intervenir en la sociedad y mantener la dirección del proceso de acumulación.

<sup>1</sup> A. Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, 1973, p. 9.

Una concepción del mundo es *orgánica* cuando se desarrolla sobre la base de una clase social fundamental y logra conferirle una organización política a sus miembros. Es *dominante* o *hegemónica* cuando, además, se expresa en todos los planos de la vida social y permea el mundo de la producción y el consumo, la conducción del Estado, el derecho, la educación, el arte, las modas, el lenguaje cotidiano, las formas de celebrar y comunicarse, los hábitos de convivencia y, en general, el sentido común de los hombres y mujeres que integran la sociedad.

Una concepción dominante del mundo no es, por lo mismo, un aspecto interno de la conciencia humana, una *mentalidad cultural* según la fórmula de Sorokin. En tal caso nos encontraríamos, como él mismo escribe, en los dominios del espíritu, el valor y la significación. Nos hallaríamos compelidos a investigar la cultura por las premisas mayores que organizan cada tipo de mentalidad.<sup>2</sup>

Partimos aquí de otros supuestos. Concebimos la cultura como un hecho orgánico vinculado estructuralmente a las clases sociales y su intervención conflictiva en la producción de la sociedad; y a las concepciones del mundo como constelaciones que existen y se vuelven comunicables a través de una determinada organización de la cultura. Los problemas del carácter social de los individuos, de "mentalidad" y todos los demás propios de la esfera del espíritu y la significación encuentran allí su ubicación sociológica y pueden, en consecuencia, abordarse desde el costado del ser social.

Una concepción dominante del mundo se vuelve eficaz solamente a través del entramado organizacional e institucional que le da forma, que la socializa y la transforma en un sistema comunicable y que, por ese camino, la convierte también en un objeto de la individuación, es decir, la formación del individuo con sus estructuras propias de conciencia y sus competencias para el desempeño de roles sociales.

La función principal de una concepción del mundo, como se vio más arriba, es facilitar la integración de los individuos a un determinado *sistema de conformidad*, a un consenso de orden. Su función es regular la constante comunicación entre los individuos sujetándola a ciertas pautas y esquemas que operan al nivel de la formación de sentido, evitando de esta manera el desborde de significación que sobrevendría en ausencia de un mapa cultural hegemónico y ofreciendo un marco dominante de discriminación de sentidos que debe hacer posible el predominio cultural de una clase.

Es evidente que hasta aquí hemos simplificado al máximo. Por ejemplo: en el nuevo mapa cultural que busca imponer en Chile la clase dominante, el tema de la democracia aparece con renovada intensidad. Se busca, por un lado, delimitar la noción de democracia y, para ello, se vuelve necesario arrancarla de su campo tradicional de significaciones.

<sup>2</sup> Véase P. Sorokin, *Dinámica Social y Cultural*, Instituto de Estudios Políticos de Madrid, 1962, vol. I.

Este, como se sabe, corresponde al de la democracia liberal representativa, que implica una concepción de la libertad individual, los derechos ciudadanos, el pluralismo ideológico, la formación del poder político por sufragio universal, el funcionamiento de los partidos políticos, la responsabilidad pública de las autoridades, la separación de las funciones de gobierno, etcétera. La “nueva democracia” o “democracia autoritaria” se inscribe en un campo de significaciones completamente distinto del anterior. Hay pues que configurar, respecto de ella, un mundo de sentidos que sea capaz de otorgar coherencia al pensamiento de la clase dominante; una concepción democrática nueva como parte de la nueva concepción dominante del mundo, que exprese adecuadamente el proyecto del bloque en el poder. En la medida que emerge esa concepción y que se socializa, se va constituyendo también como un sistema de discriminación de sentidos, que permite a aquellos que la comparten definirse frente a los demás, trazar sus propios esquemas de clasificación y límites, identificarse como grupo y, al mismo tiempo, identificar a los grupos y las concepciones diferentes, aliados, enemigos. Como veremos más adelante, la formación y el desarrollo de tales ideologías es extremadamente complejo. Por ahora pueden señalarse al menos los siguientes elementos de complejidad: 1] toda nueva concepción del mundo que surge con pretensiones de hegemonía tiene que imponerse a las existentes, reducir su campo de influencia, transformarlas o eliminarlas, etcétera. Así, la nueva concepción democrática de la burguesía chilena tiene que demoler la conciencia democrática tradicional que se había gestado en la cultura de compromiso y cambiar las pautas de comprensión y significación del fenómeno democrático. 2] Sobre todo, esa nueva concepción del mundo tiene que producir la homogeneidad y articular la conciencia política del propio bloque en el poder, otorgándole las armas ideológicas necesarias para su acción. (De donde se sigue que la lucha ideológica en el interior del bloque en el poder es un factor central en la formación de una concepción dominante del mundo). 3] Por último, hay que considerar que una concepción del mundo es un hecho cultural y que el proceso de su desarrollo no transcurre principalmente en la esfera de los contenidos de conciencia sino que, abarcándolo, alcanza al conjunto del movimiento de la sociedad en el plano de su organización cultural. De modo que tanto depende el surgimiento de una nueva concepción democrática del desarrollo de un ideario político compartido, como de la evolución de la lucha de grupos y fracciones dentro de la clase dominante, del control de los procesos ideológicos al interior de ella, los avances en la formación de una institucionalidad autoritaria, la orientación de la enseñanza, y la conducta del proceso acumulativo que permite a la burguesía y el Estado autoritario disponer la distribución del excedente, etcétera.

En fin, la formación y socialización de las concepciones del mundo en el seno de una sociedad cualquiera se sitúa en el propio centro de los procesos por los cuales una sociedad se produce a sí misma, abarca todos los niveles posibles de análisis de esa sociedad y jamás se agota en la sola

esfera del sistema de reproducción. ¿Qué significa esto último? En lo básico, que una concepción dominante del mundo no es jamás completa y cerrada sobre sí misma, una constelación de valores o ideología dominante, que al reproducirse mediante los mecanismos socializadores reproduciría automáticamente el tipo de "personalidad social" o de acción orientada que el sistema requiere para su funcionamiento. Tal visión de las cosas termina en efecto por provocar una verdadera *fascinación sociológica*, que consiste en la visión de un poder absoluto cuyo funcionamiento se rige por una lógica implacable, sea de la integración social o la dominación sin fisuras. En ambos extremos, por igual, la sociedad es reducida a una operación puramente reproductiva de su orden, reducción que es típicamente funcionalista y que revela siempre esa profunda fascinación.

### *La generación del conformismo*

Miradas las cosas ahora desde el punto de vista del individuo y los actores sociales, puede establecerse que la función de las diversas concepciones del mundo es generar una específica modalidad del conformismo, esto es, una práctica de adhesión y adaptación a dicha concepción.

Una concepción dominante del mundo se caracteriza en este sentido por buscar un efecto del conformismo universal dentro de la sociedad, para lo cual la clase dominante recurre a todos los medios (organización de la cultura) a su alcance. Sin embargo, el efecto de conformismo buscado no es homogéneo; no se pretende, como es obvio por lo demás, una adhesión y adaptación igual de todos los sujetos y grupos sociales.

Hay, por ejemplo, un conformismo que es propio del núcleo de dirección del bloque en el poder, del cual por lo general se sabe poco. Pero es evidente que una concepción del mundo tiene su centro fundamental de elaboración y movilización en dicho núcleo, y que allí debe producirse por lo mismo un proceso peculiar de generación de conformismo. Ocurre, sin embargo, que por lo general es difícil conocer la composición de ese núcleo, las relaciones que dentro de él se establecen y los círculos interiores de influencia. Además, existen mecanismos diversos que protegen las negociaciones del conformismo al interior de dicho núcleo, incluso mecanismos jurídicos para el caso del Estado.

En fin, cabe pensar que el conformismo de un núcleo de dirección constituye algo así como una voluntad práctica, capaz de servir de eje a una concepción del mundo; un proyecto cuyos elementos logran cimentar la unidad básica del núcleo de dirección; un estilo de acción propio, el principio de una identidad y un esquema interpretativo compartido. Todos estos elementos funcionan, por decir así, en circuito cerrado, y no se traducen íntegramente en las expresiones públicas del núcleo. Forman más bien un *principio generativo* de la concepción dominante de mundo, sin perjuicio de que ésta se desarrolla sobre varias líneas convergentes o conflictivas de articulación.

Todo lo anterior puede iluminar, a nuestro juicio, un aspecto particular de la formación de la concepción autoritaria del mundo tal como ha venido constituyéndose en Chile. Me refiero a los aspectos más directamente vinculados a la mentalidad militar. En efecto, puede pensarse que la negociación de un conformismo en el interior del núcleo de dirección que accedió al poder en septiembre de 1973 se llevó a cabo entre dos esquemas y modelos interpretativos básicos: el proporcionado por los mandos de las Fuerzas Armadas, y que más adelante evolucionó hacia la formación de una específica ideología de la seguridad nacional, y el proporcionado por la dirección orgánica de la burguesía que en lo fundamental consistía en un modelo de política económica destinado a hacer posible la organización y orientación del proceso de acumulación sobre nuevas bases.

La concepción autoritaria del mundo, tal como se desarrolló en Chile durante los primeros años posteriores al golpe militar, da cuenta efectivamente de la amalgama no siempre fácil entre ambos esquemas, y refleja el avance de un específico conformismo en el núcleo de dirección del proceso. Sólo en los últimos años parece haberse consolidado ese *conformismo interior*; el hecho que los propios analistas políticos oficiales insistan sin embargo a veces en las tensiones que existirían entre dos estilos de hacer las cosas, entre dos visiones del manejo del Gobierno, entre dos énfasis en el tratamiento de los grandes problemas nacionales, testimonia todavía hoy la coexistencia de dos vertientes de la conformación de la concepción autoritaria del mundo. Sobre esto volveremos más adelante.

El tipo de conformismo que se genera en la clase dominante en torno de una concepción compartida del mundo es un fenómeno bien distinto al que acabo de mencionar. Se trata, en efecto, de generar una adhesión y adaptación activas y públicamente sostenidas a la concepción autoritaria. Puede hablarse entonces, que así como en el caso del núcleo de conducción existe un conformismo generativo e interior, se buscaría generar un conformismo movilizado y público en este segundo caso. Movilizado en un doble sentido al menos: en el sentido de que impulsa a los individuos a adherir prácticamente a una determinada concepción y a adaptar sus comportamientos a ella, y, segundo, en el sentido de que impulsa a esos individuos a organizarse para ampliar esa concepción y generar otras formas específicas de conformismo entre los grupos sociales aliados y entre las clases subalternas.

Curiosamente, en la literatura suele considerarse la homogeneidad ideológica de la clase dominante como un dato. Es cierto que para desarrollarse como clase dominante ha debido unificar una conciencia de clase, pero ni este proceso es lineal y simple, ni es evidente que cuando una clase accede al poder, especialmente en condiciones de intensa lucha de clases que precede a una ruptura en el modelo de orientación cultural de la sociedad, pueda sencillamente asumirse esa homogeneidad como un hecho.

En otras palabras, suele pasarse por alto, en el análisis de un proceso

drástico de reorganización de la sociedad, como el que ha ocurrido en Chile, el fenómeno de constitución de la conciencia de la clase dominante; el surgimiento de una concepción compartida del mundo. Otra vez debe subrayarse que dicho proceso no genera sin embargo un conformismo homogéneo y que existen modalidades específicas de conformismo movilizadas en el interior de la clase dominante. Las principales líneas de especificación del conformismo tienen que ver, en este caso, con las formas de acceso al poder de las diversas fracciones de la clase dominante, con su peso e influencia en la determinación de las políticas del Estado, con su propio nivel de desarrollo, su particular historia y su ideología local, así como con la capacidad propia y relativamente autónoma que posean esos grupos o fracciones para irradiar su propia ideología sobre el conjunto de la clase. Así por ejemplo, no cabe duda de que la fracción agraria tradicional de la burguesía chilena, con su control sobre el acceso a la tierra que por varias décadas funcionó todavía como base material del status aristocrático, ha venido perdiendo progresivamente su posición de predominio social dentro de la burguesía, de modo que su conformismo a la concepción autoritaria se obtiene hoy por medio de una subordinación relativa que es también el tipo de papel que esa fracción desempeña en el actual proceso de acumulación de capital. Distinto es el caso de la fracción hegemónica de la burguesía chilena, la fracción ligada a la acumulación financiera, que hoy día logra desarrollar una conducción no solamente político-económica del proceso de transformación de la sociedad sino que, además, impone una orientación cultural a través del control de los medios de comunicación, sus vinculaciones con el aparato educacional y universitario, su capacidad de definir los modos "más altos" de vida en la esfera del consumo y su peso particularmente fuerte en la formación de un nuevo modelo tecnocrático de conocimiento a través de la intelectualidad orgánica vinculada estrechamente a ella.

El conformismo que la clase dominante logre movilizar en el interior de ella misma es un componente de su propia fuerza, y define también en parte sus relaciones de clase. Pues aquélla buscará irradiar el conformismo con su concepción del mundo y, en el límite, aspirará a establecerlo universalmente.

En el caso de los grupos y sectores sociales medios, potencialmente arrasable tras las posiciones de la clase dirigente, ésta intentará generar un *conformismo asociativo*, que consiste en una adhesión y adaptación relativamente inestables y de compromiso con la concepción dominante del mundo. Lo que se busca en este caso, en efecto, es facilitar la conducción sobre esos grupos y sectores, al mismo tiempo que suscitar en ellos el apoyo necesario para la acción de la clase dominante a través del Estado. Por su propia ubicación en la sociedad —relativamente excéntrica respecto al proceso productivo, pero no así en todos los casos respecto a la orientación de los procesos culturales organizados— estos grupos suelen alcanzar una autonomía relativamente alta en sus formas ideológicas propias que, de

esa manera, se articulan heteróclitamente sobre la base de una variedad de elementos acumulados con el tiempo. Por eso cuando suele hablarse peyorativamente de la "típica" ideología del tendero, o del pequeño comerciante, artesano o camionero, se corre el peligro de un doble error. Por un lado, se identifica esa ideología con "la" ideología de la clase media. En verdad, se trata de ideologías locales o concepciones propias del mundo que escasamente pueden llamarse orgánicas, y que no logran irradiar poderosamente en la sociedad. Más bien se caracterizan por un fuerte tradicionalismo y localismo que las vuelve relativamente inmunes a la renovación o penetración. Con todo, como muestra el fenómeno fascista clásico, dichas ideologías pueden ser maniobradas y exaltadas en pos de una movilización política de la pequeña-burguesía, situación en la cual, al contrario de lo que ocurre en el capitalismo-autoritario, no se busca meramente un conformismo asociativo, sino más bien un conformismo exaltado de masas.<sup>3</sup> Por otro lado, la constitución de una clase media en una sociedad dependiente, que además ha hecho la experiencia de la cultura de compromiso, corre por líneas de formación diferente de aquellas que dan cuenta de la formación de la pequeña-burguesía en el capitalismo central, especialmente europeo. Allá se trata, más bien, de la conformación de unos grupos sociales surgidos al amparo del rol rector del Estado, que logran ampliar en su favor la distribución de oportunidades de vida, especialmente en el campo de la educación, la vivienda y la participación en un estilo de vida caracterizado por el bienestar del hogar. La ideología específica de esos grupos, que se constituye con toda fuerza en torno de la masificación de la cultura universitaria y el goce del status del profesional, conforma una específica concepción del mundo dotada de relativa autonomía y que escasamente tiene que ver con la ideología del tendero. Más bien cabría pensar que esta última es subsumida por aquélla, y que ésta, a su vez, tiende a confundirse en ciertos planos con la concepción dominante burguesa. Recién entonces emerge el fenómeno de "una ideología de la clase media" que es proclamada como "la" ideología dominante en la sociedad, pero que constituye, en cambio, una específica resultante de la cultura de compromiso y de su evolución. En fin, lo que conduce a error es pensar que unos grupos situados excéntricamente respecto al proceso de producción industrial sin embargo puedan generar una específica ideología que es orgánica por otro concepto, cual es, la posición de esos grupos en la producción de la vida cultural de la sociedad. Es respecto de estos últimos

<sup>3</sup> "Los esfuerzos fascistas para organizar la sociedad italiana obtuvieron un éxito diferente según las distintas clases sociales y los diferentes lugares. Parece ser que tuvieron más éxito en las ciudades pequeñas, donde el *podestà*, el jefe del Partido, el director de la escuela, el instructor de educación física —y probablemente también el notario, el farmacéutico y el médico— eran fascistas en usiastas. En general, la *piccola borghesia* de las ciudades pequeñas, que fue siempre la más conformista, lo fue también bajo el fascismo". E. R. Tannenbaum, *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Alianza Editorial, 1972.

grupos que hablo de un conformismo asociativo, como la meta buscada por la concepción autoritaria del mundo. Y, en rigor, cabría hablar de un asociacionismo subordinado en el caso de las demás ideologías locales y tradicionales de los grupos pequeño-burgueses, pues la relación de éstas con la ideología burguesa ha sido y continúa siendo completamente diferente que en el caso de la ideología de los grupos superiores de la clase media.

Diferente es, nuevamente, el carácter del conformismo que la clase dominante busca generar en las clases dominadas, aquellas que son excluidas y sometidas por el poder. Aquí desempeñan un papel preponderante, como es obvio especialmente bajo las condiciones del autoritarismo, las diversas formas de coacción represiva. Esto es, la imposición de la dominación por el peso material de la fuerza concentrada en el Estado. Pero es evidentemente una equivocación pensar que la clase dominante induce el conformismo de las clases subalternas sólo por medio de los recursos represivos. También busca generar entre ellas una adhesión y adaptación a su propia concepción del mundo, a la manera de un *conformismo pasivo*. ¿Qué implica este tipo de conformismo? Básicamente una sumisión al orden impuesto por la clase dominante, pero inducido menos a partir de una estrategia de irradiación ideológica que de una específica forma de disciplinamiento social. En último término, se refleja aquí uno de los aspectos centrales de la ideología cultural-aristocrática que ha heredado la burguesía, y según la cual la persuasión cultural sólo cabe entre iguales, esto es, entre "gente culta". Las masas populares son definidas así, de entrada, como conglomerados cuyos miembros no son aptos para un aprendizaje cultural válido. Más bien, la educación debe hacer de ellos buenos trabajadores, buenos ciudadanos y buenos patriotas, en la certeza que su posición en el trabajo y en la vida los "educará" en el respeto a la ley y la policía, en el temor a sus superiores, en la obediencia al patrón, en fin, "en los duros hechos de la vida". De allí que en el actual modelo cultural autoritario no se busque, como meta político-social significativa, generar entre las masas populares, especialmente las que no ocupan una función central en la fuerza de trabajo, un conformismo participativo, que induce a hacerse parte del proceso de formación de la sociedad pero dentro de los parámetros impuestos por el modelo político, cultural y económico dominante. (Lo que fue típico, en cambio, dentro del sistema democrático representativo del capitalismo de Estado chileno hasta 1970). Más bien, se busca generar una integración al conformismo por vía de diversos dispositivos disciplinarios, con el objeto de mantener en una situación de pasividad a las clases subalternas y de inducir en ellas una adhesión y adaptación a la concepción autoritaria del mundo a través de las consecuencias prácticas de ella en la configuración del mundo cotidiano de vida de los obreros, la masa subproletaria, trabajadores del campo, cesantes, etcétera. Por otro lado, lo que busca la organización autoritaria de la cultura es impedir que surjan concepciones al-

ternativas del mundo, especialmente en el campo de la clase obrera. Intenta por esa vía debilitar el desarrollo de su conciencia de clase, la formación de su identidad colectiva y la generación de una fuerza ideológica autónoma. También esto conduce al conformismo pasivo, que es un fenómeno típicamente individual, o de clases y grupos que, por su situación peculiar de dominación, se ven en la necesidad de adaptarse disgregada y atomizadamente a la nueva organización de la sociedad.

### *La matriz insurreccional*

¿Cómo y cuándo surge en Chile la concepción autoritaria del mundo que durante el correr de estos años ha logrado unificar ideológicamente al bloque en el poder? Existe, claro está, una historia larga, en la cual pueden encontrarse antecedentes importantes del origen del autoritarismo en la burguesía chilena.<sup>4</sup> Aquí nos interesa, sin embargo, analizar la conformación autoritaria del mundo ideológico de la burguesía a la luz de los antecedentes más inmediatos en el tiempo, que nos parece son, en este caso, los más significativos.

Lo primero que cabe notar es que ese mundo ideológico se gesta en un período de intensa lucha política de clases, bajo condiciones de una poderosa amenaza para las posiciones de la burguesía chilena. La concepción autoritaria del mundo surge por lo mismo, primero que nada, como una concepción de lucha y su germen se encuentra en la insurrección de la burguesía contra el Gobierno de la Unidad Popular. En seguida, se gesta si no al margen por lo menos sobre una base social y política más amplia que la de los partidos que expresan la conciencia y organización políticas de la burguesía; en efecto, el movimiento insurreccional se articula sobre un conglomerado de organismos patronales, partidos, frentes gremiales, asociaciones profesionales y movimientos paramilitares de carácter fascista. Esa doble determinación del proceso insurreccional —su planteamiento como estrategia de guerra de clases, y su naturaleza de masas que desborda el tradicional encuadramiento político— tiene hondas repercusiones sobre la constitución del mundo ideológico autoritario. Antes que nada, la nítida percepción, por parte del núcleo de conducción del proceso insurreccional, que el mundo ideológico burgués que se había formado durante el período de la cultura de compromiso, se hallaba irremediablemente superado por los hechos. Por eso se decía que “la lucha de los sectores democráticos exige nuevas actitudes morales, hombres nuevos, sectores sociales más amplios, ideas realistas y voluntades inquebrantables”. (*El Mercurio*, 27 de enero de 1972). Luego, esa doble determinación explica asimismo el surgimiento

<sup>4</sup> Véanse los artículos de Gonzalo Catalán, Armando de Ramón y Carlos Ruiz en *Escritos de Teoría*, números I y III-IV, de septiembre de 1977 y diciembre-enero 1978/79 respectivamente.

de una peculiar ideología gremialista y "antipolítica". En dicha ideología se funden en efecto el conjunto de las reivindicaciones gremiales y corporativas impulsadas por el frente insurreccional, al tiempo que aparecen como meras demandas económicas y por la autonomía de cada gremio, organismo e institución. El gremialismo de esa hora se explica pues por la formación de un amplio frente insurreccional, que podía actuar con mayor flexibilidad al interior de una estrategia de guerra, sustituyendo la acción regulada institucionalmente de los partidos políticos. Unos días después del golpe militar el presidente de la Confederación del Comercio y la Producción declaraba: "Nuestro movimiento fue la opción vital de un pueblo desesperado que no encontró otra forma de expresar su descontento sino a través de los gremios. Los partidos políticos también cumplieron su misión, pero me parece que no estaban preparados para un ataque frontal contra el marxismo. Lógicamente, un buen discurso, una declaración, un proyecto o una ley logran un gran efecto en el estado de derecho. Pero como estábamos en plena ley de la selva, se requería encontrar otra vía para enfrentar el sistema". (*El Mercurio*, 20 de septiembre de 1973). Finalmente, las condiciones de emergencia de la concepción autoritaria marcan desde el comienzo su relación ambigua, por lo menos en la retórica, con la ideología democrática prevaleciente en el país. Dicha concepción nace en efecto dentro de una organización cultural arraigadamente liberal y progresista, y debe contra-distinguirse dentro de ella, sin perder en ese proceso su propia legitimidad cultural. De allí que se recubra, en ese primer período de gestación, de una retórica democrática tras la cual, sin embargo, van formándose los contenidos ideológicos antidemocráticos. Pues en lo fundamental, la ideología de la insurrección burguesa es una justificación del acceso al poder por la vía armada; es una concepción sobre la lucha de clases en el interior del Estado de compromiso y sobre la necesidad de interrumpir el proceso político normal una vez que los mecanismos democráticos se encuentren sobrepasados por la propia dinámica insurreccional. "Sólo cuando (los) gobiernos dejan de ser tales porque se han apartado de la legalidad *entrañable* de Chile empieza a plantearse el problema para los soldados. Mientras hay gobierno propiamente tal, ellos se apresuran a obedecer. Las cosas cambian cuando no hay gobierno chileno, cuando la *anarquía* o el despotismo borran el ser de Chile y arriesgan convertir a esta nación en botín de otros".<sup>5</sup> Quién así reflexionaba en 1972, sabía de lo que estaba hablando. "No es efectivo, agrega, que las Fuerzas Armadas sean impasibles; no es efectivo que ellas permanezcan neutrales, indiferentes y en estado técnico puro". Así, el ascenso de la insurrección aumentaba la anarquía, y la ideología insurreccional preparaba el terreno para movilizar la intervención armada en la lucha y lanzar la ofensiva final por el poder.

De este primer período germinal, la concepción autoritaria del mundo

<sup>5</sup> Arturo Fontaine, "Revolución en Papel Sellado", en. Varios autores, *Visión crítica de Chile*, Ediciones Portada, 1972, pp. 63-94.

conservará a lo largo de su desarrollo varios elementos matrices: su carácter rupturista con la ideología democrática tradicional de la propia burguesía chilena; su trasfondo "gremialista" que, vuelto artificial por el carácter concentrador del proceso de acumulación de capital, se expresará exclusivamente como antipoliticismo y una específica ideología tecnocrática; su antilegalismo revolucionario, producto del acceso armado al poder; su ambigua retórica democrática; su condición profundamente antipopular, reflejo de una clase victoriosa contra un movimiento popular fuerte y desarrollado; su configuración obsesiva e intolerante, que es el resultado de su emergencia a partir de un mundo burgués amenazado.

### *La ideología de la seguridad nacional*

En su primera fase de instalación, el nuevo régimen se impone como tarea —según lo anuncia el discurso oficial— eliminar la situación de anarquía/amenaza que se había generado en el país, esto es, para la burguesía y las bases de sustentación del sistema capitalista.

De lo que es trata, en cambio, es de desarticular y desmovilizar al movimiento popular, concebido como fuerza central del campo enemigo. Por aquí comienza pues la "ordenación" de la sociedad chilena, que debe hacer posible el desarrollo de una política de "estabilización" y el traspaso o "privatización" de actividades previamente realizadas por el Estado a manos privadas, bases sobre las cuales se constituirá el nuevo modelo de desarrollo y se llevará a cabo, progresivamente, el disciplinamiento de la sociedad.

En efecto, a poco andar se vuelve claro que el *bloque en el poder* está conformado centralmente por la fracción dominante de la burguesía o burguesía financiera internacionalizada y las Fuerzas Armadas que participan como cuerpo institucional; esta situación conduce a un rápido deterioro de las bases sociales del nuevo régimen. Esto último es particularmente visible en el caso de la "pequeña burguesía sublevada" que, casi inmediatamente después del derrocamiento del Gobierno de la Unidad Popular, se ve excluida del bloque en el poder, y sometida a los efectos de la política económica de centralización y concentración de capitales.

El "ordenamiento" de la sociedad impone pues, en estas condiciones, no solamente la exclusión política del campo enemigo que ha sido derrotado política y militarmente, sino además la aplicación de un férreo control sobre las restantes fuerzas sociales. Como bien señaló *El Mercurio*, "Este programa económico envuelve tales sacrificios, en especial para los sectores medios, que no había podido realizarse sino en las condiciones de disciplina política y social impuestas por las Fuerzas Armadas a partir del 11 de septiembre de 1973". (Semana Política, 28 de marzo de 1976). Más recientemente, *El Mercurio* volverá a insistir en este tópico y resaltará de nuevo "el valor del orden público" para la realización de los obje-

tivos económicos y de transformación social que se había trazado la clase, dominante. “En el marco del orden, señala, ha sido posible [...] iniciar profundas transformaciones orientadas a resolver los graves problemas crónicos del país. Sin ese marco de orden las demás realizaciones habrían sido imposible”. Y agrega: “La eficacia de los civiles en el Gobierno está determinada por la acción militar del 11 de septiembre de 1973 y por el régimen autoritario que desde entonces se impuso en el país. De ahí que las Fuerzas Armadas y de Orden sean acreedoras a mucho más que a un simple reconocimiento caluroso de su patriotismo y abnegación. Ellos provocaron los hechos históricos que sirven de cimiento a la obra de reconstrucción y transformación en marcha. Ellos están indisoluble y solidariamente ligados a este proceso transformador, el cual se hace posible por la integración de civiles y militares en el logro de objetivos nacionales de significación vital para la subsistencia del país y para su desarrollo. Las Fuerzas Armadas y de Orden son las impulsoras y sostenedoras de este régimen. En el campo abierto por ellas trabajan los civiles”. (Semana Política, 15 de abril de 1979).

La cuestión es que para abrir ese campo fue necesario limpiarlo previamente. En eso consistió esencialmente, la labor de los aparatos represivos del Estado durante la primera época. Más adelante, la función de éstos ha sido mantenerlo libre de obstáculos, patrullando el campo para la “libre iniciativa” de la clase dominante. Más que nunca el Estado ha sido pues, durante estos años, el brazo armado de una clase social.

La concepción autoritaria del mundo se ha desarrollado en esta primera etapa, principalmente, como una ideología destinada a asimilar y justificar la experiencia represiva, proyectándola a la vez como una necesidad del orden. Tal ha sido, en efecto, la función cumplida por la ideología de la seguridad nacional en la formación del nuevo mapa cultural dominante.

Frecuentemente en los últimos años se ha sostenido que la ideología de la seguridad nacional constituye el basamento ideológico de los regímenes autoritarios que surgieron en América Latina a partir de la década del 60. Nos parece que esa interpretación es parcialmente equivocada.

Más bien, cabría pensar que la ideología de la seguridad nacional representó una respuesta a los principales problemas de la fase de implantación del nuevo patrón de dominación, incorporándose progresivamente, en los años siguientes, a la concepción autoritaria del mundo .

1] Ella permitió soldar ideológicamente la alianza que da lugar al bloque en el poder, otorgándole a sus componentes; civiles y militares y, en particular, a su núcleo de conducción, un código de interpretación de su tarea, una formulación simple y coherente del mundo, una visión precisa del carácter bélico-social de su misión y, sobre todo, la matriz de su discurso público,<sup>6</sup> en función del cual buscó y obtuvo la cohesión moral e intelectual de la burguesía, pudo irradiar hacia otros sectores

<sup>6</sup> Véase G. Munizaga, G. de la Maza y C. Occenius, *El discurso público de Pinochet (1973-1975)*, trabajo inédito, 1979.

sociales su influencia y neutralizar ideológicamente a los elementos de la pequeña burguesía desplazados de la participación en el poder. Desde este punto de vista la doctrina de la seguridad nacional constituye una respuesta frente a la amenaza de desorden total que representaría el enemigo, por entonces identificado con “el comunismo”. En efecto, se sostiene que el comunismo es “una moderna forma de agresión permanente (que) da lugar a una guerra no convencional en que la invasión territorial es reemplazada por el intento de controlar los Estados desde adentro. Para ello el comunismo utiliza dos tácticas simultáneas. Por una parte, infiltra a los núcleos vitales de las sociedades libres, tales como los centros universitarios e intelectuales, los medios de comunicación social, los sindicatos laborales, los organismos internacionales y, como incluso lo hemos visto, los propios sectores eclesiásticos. Por otro lado, promueve el desorden en todas sus formas. Desorden material, con agitaciones callejeras. Desorden económico, con presiones demagógicas e inflacionarias. Desorden social, con huelgas permanentes. Desorden moral, con el fomento de las drogas, la pornografía y la disolución de la familia. Desorden en los espíritus, con el odio sistemático de clases. Y como síntesis aberrante de todos ellos surge y se extiende el terrorismo, que parece haber hecho retornar a muchas naciones civilizadas a las épocas más primitivas de la historia humana”.<sup>7</sup>

2] La ideología de la seguridad nacional debía explicar, por consiguiente, la movilización total de los recursos represivos del Estado contra el enemigo en esta guerra “no convencional”, proporcionando una justificación, al menos al interior de la clase dominante, para el control militar sobre el conjunto de las actividades e instituciones de la sociedad civil, excepto las económicas. Ante la amenaza global la respuesta es también global: eliminación de los partidos políticos y la dirigencia de izquierda, paralización de la actividad sindical, intervención de las universidades, censura de prensa, anulación práctica de la libertad de comunicación, control militar de la ciudad, censura al arte no oficial, prohibición para la circulación de ciertas publicaciones, vigilancia administrativo-militar de las escuelas, prohibición para la expresión de doctrinas y pensamientos disidentes, discriminación ideológica en los mercados laborales, etcétera.

Inicialmente se entendió que la acción bélico-represiva correspondía exclusivamente a las Fuerzas Armadas, en quienes descansaba por lo mismo la seguridad nacional. “Hemos señalado en otras oportunidades, comenta *El Mercurio*, que el régimen exhibe dos líneas políticas claras definidas e internamente congruentes: la de Seguridad Nacional, a cargo del grupo de economistas y técnicos... [...] Tanto en seguridad nacional como en política económica, el Gobierno ha dispuesto de un bagaje de ideas que componen verdaderos sistemas de principios”. (*El Mercurio*, Semana política 26 de diciembre de 1976).

<sup>7</sup> General A. Pinochet, *Mensaje del 11 de septiembre de 1976*.

Se perfilaba así, ya entonces, la doble integración de la concepción autoritaria del mundo. Pero todavía subsistía una especie de división ideológica interna en el bloque de poder, que correspondía, relativamente, a la división de funciones que se había establecido entre la conducción de la represión y la conducción económica.

3] Lo anterior no debe, con todo, conducir a error. Pues con el transcurrir del tiempo irá haciéndose visible que la ideología de la seguridad nacional asume también las metas económicas definidas por la burguesía internacionalizada que participa en la dirección del Estado junto a las Fuerzas Armadas. En efecto, “[...] la seguridad nacional se proyecta dinámicamente al campo del desarrollo, enfocado [...] no sólo en el terreno material sino en armonía y al servicio del progreso espiritual del hombre”.<sup>8</sup> Desde esta perspectiva, la seguridad nacional se convierte en una condición de posibilidad del desarrollo capitalista en Chile, y asume un rol subordinado al contenido de clase de aquél. Según lo expresa un comentarista autorizado: “El Desarrollo” debe tender al incremento del Poder Nacional en el ámbito exterior e interno, de tal manera de asegurar a todos y a cada uno en particular un modo digno de vida, acorde con los niveles y metas que se vayan alcanzando a través del progreso que ese desarrollo genera. La Seguridad, a su vez, debe tener la capacidad suficiente para permitir lo anterior, venciendo los aspectos negativos que se generan por las tensiones y antagonismos resultantes de dicho proceso evolutivo”.<sup>9</sup> Es decir, la seguridad asume la función de controlar los conflictos sociales y de reprimirlos, para hacer posible el desarrollo del nuevo modelo de acumulación y el control autoritario sobre los procesos creativos de la sociedad.

4] En suma, la ideología de la seguridad nacional ha sido una primera línea de elaboración de la concepción autoritaria del mundo, que prolonga y enriquece ahora sobre la base de una doctrina específicamente militar,<sup>10</sup> la concepción de lucha forjada por la burguesía chilena en el período insurreccional previo a la toma del poder.

En su núcleo central, dicha ideología constituye una tematización del orden amenazado y una justificación del uso discrecional del poder represivo, a fin de imponer y mantener el orden adecuado al nuevo modelo de

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> Teniente coronel W. Dorner, “Sobre el Concepto de Seguridad Nacional”, *Memorial del Ejército*, mayo-agosto, 1974. Cit. en A. Varas y F. Agüero, *El Desarrollo Doctrinario de las Fuerzas Armadas Chilenas*, FLACSO, 1979.

<sup>10</sup> Está claro, en efecto, que existe un núcleo específicamente doctrinario militar de la seguridad nacional, que ha venido conjugándose, sin embargo, en función de las exigencias del desarrollo capitalista dependiente y los requerimientos ideológicos de la acción del Estado autoritario.

Véase A. Varas y F. Agüero, “Ideología y doctrina de las Fuerzas Armadas chilenas: un ensayo de interpretación”, en *op. cit.*, pp. i-xiii. Además puede consultarse CISEC, *Las Fuerzas Armadas en la Sociedad Civil*, edición privada, 1978, en particular, G. Arriagada y M. A. Garretón, “América Latina a la hora de las doctrinas de seguridad nacional”, pp. 143-229.

desarrollo capitalista impulsado por la alianza entre la burguesía internacionalizada y las Fuerzas Armadas. Es, en breve, la concepción del orden asumida por una clase que ha llegado por la vía armada al poder y cuya mantención en él depende, en gran medida, de su capacidad defensiva. “En fin, la Seguridad Interna es un principio elemental de conservación colectiva en el que descansan los demás valores, así como gracias a los mecanismos defensivos del organismo humano pueden darse el pensamiento y las más elevadas expresiones del hombre”. (*El Mercurio*, Semana Política, 22 de agosto de 1976). Es la visión del mundo de una clase que se siente profundamente acosada, y que, por ende, necesita en todo momento el camino expedito para recurrir al fundamento último de su poder: la fuerza.

5] La ideología de la seguridad nacional, como parte componente de la concepción autoritaria del mundo, socializa igualmente una visión castrófica del presente. Por doquier amenazarían el desorden, la anarquía y la desintegración. Sobre todo las sociedades “masificadas”, Chile entre ellas, estarían expuestas a ese peligro. “La masificación es la transformación de la sociedad en una muchedumbre despersonalizada, instintiva, obediente fundamentalmente a estímulos irracionales y, por tanto, huérfana de convicciones sólidas y de control defensivo de la reflexión. Estas masas responden a ideas elementales, a promesas groseras, a simplificaciones que hablan más a sus instintos que a su inteligencia”. (*El Mercurio*, comentario editorial, 20 de septiembre de 1976). Tras esta visión negativa y recelosa de las masas subyace una concepción pesimista del hombre. “El hombre me parece más proclive a la mentira que a la verdad, más próximo al orgullo que a la humildad, más cercano a la lujuria que a la pureza. Hay en él una maldad innata, que a duras penas consigue atenuar la civilización y la cultura, cuando no la agravan hasta extremos apocalípticos. [...] el hombre es malo, es pecador por antonomasia, su palabra no es de fiar, sus sentimientos son casi siempre ambiguos, y en suma, tomado en su natural indefensión, no sirve para edificar credos optimistas”.<sup>11</sup>

El hombre es un animal acosado. El gobernante es un hombre cercado. La masa es un conglomerado irracional y amenazante.

Por eso, la “actual sociedad de masas requiere de élites con capacidad de imponerse sobre el medio pasivo, confuso e instintivo. [...] Las sociedades de masas —y el caso chileno no es una excepción— requiere un liderato firme e indiscutido, si se trata de modernizar, de defender o de reorganizar la sociedad. En el caso chileno, el liderato era imperativo para lograr todas las finalidades indicadas”. (*El Mercurio*, Semana Política, 18 de septiembre de 1977).

La concepción autoritaria del mundo es esencialmente antidemocrática, entre otros elementos, por esa visión paranoica del orden y la creencia que la masa es un “medio pasivo, confuso e instintivo”, renuente a cual-

<sup>11</sup> J. M. Ibáñez, “¿Fe en el hombre?”, *El Mercurio*, 28 de febrero de 1979.

quiera organización que no le venga impuesta desde arriba, por un sistema de liderato coactivo/carismático. La nostalgia de El Jefe es por lo mismo un elemento consustancial al autoritarismo.

6] Las modalidades de conformismo que busca generar la ideología de la seguridad nacional son complejas. Señalemos algunas.

En el interior del núcleo de conducción del bloque en el poder, dicha ideología aseguró, durante toda la primera etapa, una adecuada racionalización para la guerra de clases y el empleo indiscriminado de los medios represivos.

En el interior de la clase dominante, la ideología de la seguridad nacional proporcionó las bases para una autocomprensión de su papel en esa guerra y operó un profundo cambio moral entre sus miembros, que permitió contar con su adhesión o neutralidad ética y política frente a las consecuencias de la acción represiva del Estado.

Sobre todo, la ideología de la seguridad nacional ha ido forjando una concepción del mundo que identifica un "nosotros", no frente a cualesquiera otros sino frente a un campo enemigo, cuyos miembros deben ser tratados como tales, perseguidos como tales y respecto de quienes no cabe esperar más que destrucción y desquiciamiento de la sociedad.

A esta altura pues, la sociedad no está solamente dividida dentro de sí misma sino que en guerra consigo misma. La negociación política no es posible en estas condiciones. Los conflictos latentes o abiertos son síntomas de un avance del enemigo, jamás producto de situaciones atribuibles a la desigual distribución de la riqueza, el poder o el status. Las adhesiones exigidas en estas circunstancias son totales. Las discrepancias se resuelven por un golpe de autoridad. La intolerancia se vuelve ley de la vida cotidiana. Asegurar continuamente el orden que se halla amenazado desde dentro pasa a ser un deber de todos. Según lo señala el "Objetivo Nacional" aprobado en diciembre de 1975, "La Seguridad Nacional es de responsabilidad de cada uno y de todos los chilenos. Por lo tanto, debe inculcarse este concepto en todos los niveles socioeconómicos a través del conocimiento concreto de las obligaciones cívicas generales y específicas".

Esta última afirmación corresponde y prefigura la noción de seguridad nacional que finalmente se incorporará a la concepción autoritaria del mundo. Es decir, una noción que ha dejado atrás su conexión más visible y declarada con la movilización de los recursos represivos del Estado. En efecto, el proceso de institucionalización del autoritarismo "[...]supera y trasciende la etapa en que la acentuación indispensable en la seguridad nacional permitía una amplia discrecionalidad del Gobierno frente a los derechos de los ciudadanos. Tal etapa fue evidentemente necesaria, pese a que en ella pudiesen haberse cometido abusos. La seguridad que hoy el país disfruta y que hace posible el desenvolvimiento económico y el logro de las otras metas nacionales, parte del cimiento colocado por las operaciones de detección y paralización de los focos de insurgencia sub-

versiva. Es justo, pues, reconocer el valor de aquellas operaciones de seguridad y, al mismo tiempo, es necesario comprender que el país está pasando a otra etapa en la cual la decisión discrecional habrá de reemplazarse por el obediencia a la ley, y en que el subjetivismo de la autoridad tendrá que ser sustituido por la objetividad de las decisiones que se encuentran sometidas a normas generales preexistentes". (*El Mercurio*, *Semana Política*, 9 de abril de 1978).

Retrospectivamente, lo que importa es que ahora la ideología de la seguridad nacional justifica como una necesidad y un efecto "normal" de la guerra, el uso represivo del poder. Las secuelas derivadas deben ser asumidas por la conciencia de la clase dominante como una consecuencia inevitable. "No cabe ahora renegar de este pasado inmediato, por doloroso, injusto a veces, confuso y violento que haya sido. Gracias a las acciones emprendidas en ese tiempo es posible ahora programar la nueva etapa. [...] Encontrar rastros de muerte en un campo de batalla es algo previsible, aunque trágico y sobrecogedor. El país fue un campo de batalla durante un largo tiempo después del 11 de septiembre de 1973". (*El Mercurio*, comentario editorial, 22 de diciembre de 1978).

La tematización de la muerte y los muertos es una necesidad insoslayable para una concepción del mundo que surge sobre la base orgánica de una clase que ha llegado por la vía armada al poder. La indiferencia frente a los "rastros de muerte", que ha llevado a algunos a diagnosticar "una sociedad enferma" en Chile,<sup>12</sup> es por eso algo más que el producto de meros "mecanismos psicológicos de defensa". Es un conformismo largamente preparado y socializado entre los miembros de la clase dominante; hoy, en su sistema moral y en su concepción del mundo, aquellos rastros son subsumidos dentro de una "recta comprensión hacia hechos que, aunque lamentables, fueron parte de un precio doloroso que se tuvo que pagar para vencer la misma agresión que ha derrotado, y que sigue aplastando en estos días a muchos países, pero que en Chile fracasó [...]". (*El Mercurio*, 25 de febrero de 1979). La agresión, el enemigo: he ahí la gran amenaza, el objeto obsesivo de la inseguridad. Si la muerte de los otros es el costo de la seguridad nacional, hay que estar dispuesto a pagarlo. En cualquier caso, no se trata de un costo personal. Es una clase, la clase victoriosa, la que debe asumir el costo moral y político de su triunfo: éste define, por su propio carácter, una situación de anormalidad. "[...] en el país hubo luchas, enfrentamientos y muertes durante un período que felizmente pasó, pero que debe ser considerado a la luz de lo que se jugaba entonces y no con el criterio de una época de normalidades". (*El Mercurio*, comentario editorial, 22 de diciembre de 1978).

La concepción autoritaria del mundo es pues, por su componente ideológico de la seguridad nacional, una concepción específica del orden amenazado. "El orden es siempre frágil y forma un patrimonio valioso", se-

<sup>12</sup> Véase "Lonquén: hacia la recuperación del alma nacional", *Mensaje*, N° 281, agosto de 1979, pp. 427-430.

gún *El Mercurio*. El mundo cotidiano es vulnerable: sólo se mantiene ordenado por la acción vigilante y el despliegue de la fuerza. La seguridad de la propiedad y las personas está siempre expuesta a la acción socavadora del enemigo. Y el enemigo está por todas partes.

La nueva "mentalidad" de la clase dominante está articulada en parte sobre esta ideología. De allí que en esos grupos, y en aquellos sometidos a su influencia moral e intelectual, se haya gestado un peculiar código interpretativo de la realidad, extremadamente simple pero eficaz, basado en la lógica de la guerra y la dialéctica entre amigo/enemigo. Igualmente, se ha ido desarrollando entre ellos una noción de la autoridad, que se basa primordialmente en la posesión de la fuerza y en la eficacia para usarla. La legalidad de su uso es concebida como una cuestión anexa, que debe ajustarse a los requerimientos concretos del ejercicio del poder. En estas condiciones desaparece del horizonte de la conciencia lo que tradicionalmente se ha entendido como estado de derecho, y se incorpora, en cambio, la noción de los *estados de emergencia* como principal herramienta jurídica para recubrir el empleo de los recursos represivos del Estado.

En la base de esta concepción, como lo señalamos más arriba, está la experiencia represiva a la cual ha debido irse conformando la conciencia burguesa. Mientras ésta tuvo como base social una experiencia de liberación, como ocurrió en el caso de las revoluciones burguesas europeas, pudo dar expresión a formulaciones políticas progresistas para la época, bajo la forma de una diversidad de concepciones democráticas. En el caso chileno ocurre contemporáneamente algo muy distinto. La fraseología democrática es mantenida en parte, como retórica, pero por detrás de ella emerge una conciencia social autoritaria, esquemática y brutalmente centrada en los temas de la seguridad y el orden a cualquier precio.

Es dentro de ese marco que se inscribe y desarrolla el cuerpo ideológico central de la concepción autoritaria del mundo, cual es, la ideología del control "automático" de los comportamientos por el mercado, que es el mecanismo por el cual se busca explicar, en última instancia, la dirección de la burguesía internacionalizada sobre los procesos de formación de la sociedad chilena.

### *La ideología del mercado*

"El modelo de sociedad que propicia el régimen constituye un proyecto de hacer de Chile un país moderno, lo que envuelve quebrar hábitos políticos formados durante cuarenta años y pasar de una economía paternalista, dirigista y en cierto modo feudal a una economía de mercado, abierta al exterior y libre de toda intervención estatal innecesaria". (*El Mercurio*, *Semana Política*, 23 de julio de 1978).

He aquí resumidamente expuestos, los temas esenciales de la ideología del mercado que, con el correr del tiempo, ha pasado a constituirse en el núcleo ideológico básico de la concepción autoritaria del mundo. Es un curioso maridaje éste que mezcla dos formulaciones aparentemente contradictorias: la formulación autoritaria, que descansa en una visión del orden impuesto coactivamente, y la formulación proveniente de la ideología del mercado, que supone que éste regula automáticamente los comportamientos básicos del individuo.

Mas como señalamos anteriormente, una concepción del mundo no necesita ser teóricamente coherente para ser eficaz en sus efectos de generación del conformismo. Le basta con ser consistente con la práctica social que le subyace. Su función no es, en efecto, académica. Ni es su gestación un proceso que está determinado por reglas de discriminación lógica. La función de una ideología es una función social y su formación está sujeta a las determinaciones contradictorias de la lucha de hegemonías.

En el caso que nos interesa se agrega el hecho de que la ideología del mercado nace condicionada por dos factores que son esenciales para su comprensión: por un lado, surge como *ideología de reemplazo* al interior de la clase dominante, cuyo núcleo de conducción se ha desplazado simultáneamente. De allí su carácter polémico contra la ideología y la conciencia burguesa prevaleciente en el período de la hegemonía de una cultura de compromiso. Por otro lado surge como la representación o “el modelo” ideológico que orienta el desarrollo del modo de producción instaurado en Chile, y en particular la dirección del proceso de acumulación.

Con el objeto de facilitar el estudio de esos factores condicionantes los analizaré por separados en lo que sigue.

### 1. *La crítica a la ideología tradicional de la burguesía*

En lo básico, la ideología del mercado constituye una crítica a las condiciones que permitieron, durante los últimos cuarenta años de historia chilena, que la acumulación de capitales fuese conducida por el Estado, al interior del cual las clases y grupos sociales organizados debían negociar la distribución del excedente y a partir del cual se negociaba con el capital extranjero la inserción del país en el sistema capitalista internacional. Bajo estas condiciones, indistintamente llamadas de “estatismo”, “populismo” y “desarrollo hacia dentro”, se habría producido el proceso que llevó, finalmente, a un desquiciamiento de la economía capitalista y a una amenaza efectiva para las posiciones de la burguesía chilena y el capital extranjero, durante el Gobierno de la Unidad Popular.

De modo tal que la crítica se enfila simultáneamente hacia dos frentes: el papel del Estado en la economía; y la democracia representativa chi-

lena que impidió el desarrollo de una hegemonía burguesa sobre la sociedad.

No tiene mayor sentido entrar aquí en un análisis de los argumentos estrictamente económicos sobre los cuales se articula la crítica. En cambio, conviene detenerse en aquellos que se refieren a las implicancias políticas, sociales y culturales del estatismo y la democracia representativa.

Se sostiene, lo cual es obvio, que una economía estatizada concentra un importante poder en el Estado. En la medida, sin embargo, que aquel refleja en su acción la influencia de diversas clases y organizaciones, además de la influencia de su propio personal burocrático, se convertiría en un instrumento *ineficiente* para conducir el proceso de acumulación de capital. El argumento implícito es, por consiguiente, doble: uno, las políticas que amenazan la acumulación del capital no pueden mantenerse indefinidamente pues terminan por poner en jaque la posibilidad del propio desarrollo capitalista. Segundo, el Estado de compromiso posee un poder de negociación tal que impide la consolidación de una clase dirigente del proceso económico, pero, por la naturaleza de ese poder, el propio Estado se vuelve débil e ineficiente para promover la racionalización requerida por el proceso de acumulación de los capitales privados.

En la medida que el poder del Estado se expresa básicamente a través del gasto público —forma del control estatal sobre parte del excedente redistribuido— es contra aquél que se volcará la crítica de la ideología del mercado. En la medida, en seguida, que la intervención del Estado es percibida como un obstáculo que entraba la conducción del proceso de acumulación por parte de la burguesía, a aquél se le asignará un “rol subsidiario”. Finalmente, en la medida que es a través de los mecanismos políticos de la democracia representativa que el Estado se transformó en Chile en un instrumento de negociación y compromiso, aquéllos tenderán a ser sustituidos por unos mecanismos políticos que aseguren el control de clase del Estado. Es evidente que en discurso ideológico dominante cada uno de estos argumentos será “traducido” a un lenguaje aparentemente técnico, con numerosas invocaciones a la ciencia económica y el análisis “riguroso” del pasado. Por detrás de la retórica, sin embargo, esto está claro: la ideología del mercado busca generar una nueva conciencia en la clase dirigente y en sus sectores de influencia, a la par que la política económica ha ido privatizando las actividades que anteriormente estuvieron en manos del Estado poniéndose fin así a lo que alguien llamó su “rol perverso”, expresado “a través del manejo discrecional de las variables económicas”.

La crítica a la ideología de los sectores tradicionales de la burguesía chilena se manifiesta, además, por un ataque a la “mentalidad” que el estatismo habría moldeado entre sus miembros y también en la clase media, así como en diversos movimientos sociales, organizaciones e instituciones.

Así, por ejemplo, se sostiene que las resistencias al nuevo modelo de acumulación tendrían "su origen intelectual en una cultura de corte socialista. Ella, quizá, se generó en el último medio siglo, por el predominio de un esquema de desarrollo proteccionista y centralizado. Tal esquema, casi por definición, resulta opuesto a la sociedad moderna, que se preocupa de dar más bienestar por la vía de una mayor disponibilidad, en cantidad y calidad, de bienes de consumo en general". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 3 de junio de 1978).

Esa cultura habría alcanzado, también, a sectores de la burguesía chilena, en particular a los vinculados al esquema de "industrialización forzada" o "ineficiente", los cuales, según el argumento de la ideología del mercado, se desarrollaron al amparo de las protecciones y los privilegios otorgados por el Estado.

De este modo se habría formado una capa empresarial habituada a operar en condiciones de baja competitividad, de espaldas al comercio exterior, con tasas de interés subsidiadas y dentro de estructuras monopólicas generadas por la intervención del Estado. Así pues, las críticas empresariales al nuevo modelo se explicarían, en gran medida, por los intereses heridos, puesto que "las diversas modalidades económicas seguidas en el pasado, al contener una alta cuota de paternalismo estatal y tradicionalismo, han favorecido objetivamente a algunos productores, en especial del sector industrial y de la construcción". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 20 de marzo de 1976).

Incluso, se ha llegado a sostener en un estudio sobre la "mentalidad económica" de los chilenos que primaría, entre las capas empresariales de la población un "comportamiento económico eminentemente precapitalista", determinado en buena parte "por la experiencia de un sistema político que durante décadas intentó maximizar el control de la iniciativa económica".<sup>13</sup>

Asimismo, se sostiene que "la formación mental de los chilenos y particularmente la de la clase media crea una traba básica a la implementación de un modelo más libre de economía. La clase media, de una forma u otra, ha logrado crearse un sistema de subsidios en los últimos decenios, que defiende arduamente contra cualquier intento de cambio". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 10 de julio de 1976).

Pero es por cierto al nivel del propio Estado y de sus cuadros burocráticos donde más hondamente habría calado esa cultura de corte socialista. De allí que la burocracia sea un tema predilecto de crítica por parte de aquéllos que sostienen la ideología del mercado. En efecto, se sostiene que "el excesivo burocratismo y poder discrecional de los funcionarios, que se ha ido generando a través de decenios de legislación intervencionista, debe ser erradicado". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 22 de mayo de 1976). Especialmente negativo sería el poder discrecional de los funcio-

<sup>13</sup> Véase P. Huneeus, *Nuestra mentalidad económica*, Fundación de Estudios Económicos, BHC, 1979.

narios públicos en cuanto al tratamiento del capital extranjero y el entramamiento burocrático que dificulta la libre importación. “Más aún, la fuerza de la burocracia impide la concreción de proyectos de interés en áreas que se encuentran reservadas al Estado. En efecto, el Estado chileno no dispone de recursos para efectuar inversiones de importancia en actividades como el petróleo o el cobre. Carece también de recursos suficientes para llevar a cabo programas nutricionales, de salud o educacionales que pudieran perfeccionar la formación de capital humano indispensable para un desarrollo más acelerado. La burocracia estatal chilena hace recordar la fábula del perro del hortelano. No invierte ni deja invertir. Lo más grave es que esto ocurre en un contexto de principios que postula el papel subsidiario del Estado”. (*El Mercurio*, Temas Económicos, 10 de julio de 1976).

Finalmente, la misma mentalidad surgida del estatismo y la cultura socializante habría dado lugar al político tradicional, más preocupado de conseguir los favores del Estado y de representar ante éste los intereses particulares de su clientela electoral que del bien común y su consecución. “Por las razones dichas es que no debe extrañar que habitualmente coincidan las críticas de empresarios tradicionales de nuestro país con las de políticos también tradicionales”. (*El Mercurio*, Temas Económicos, 20 de marzo de 1976).

En suma, desde el punto de vista de la ideología del mercado, “el pensamiento de los chilenos se encuentra infiltrado de estatismo y es indispensable tomar conciencia sobre este punto o de lo contrario resultará siempre muy difícil crear condiciones para un sistema político efectivamente igualitario en nuestro país”. (*El Mercurio*, Temas Económicos, 24 de enero de 1976).

Esta es pues la forma ideológica bajo la cual la fracción dominante de la burguesía se representa el pasado e introduce respecto de él —y de la dirección tradicional de la burguesía— una ruptura. La crítica del Estado de compromiso, y de la intervención estatal en la producción de la sociedad, constituye pues un momento básico en el desarrollo de la conciencia de la nueva dirección de la clase dominante, y un eje, por refracción, de la nueva concepción autoritaria del mundo.

Si bien es cierto que, en el nivel de la manipulación simbólica, la crítica del Estado interventor se hace en nombre de la libertad individual y la iniciativa de los sujetos particulares, sin embargo el corolario político no es la democracia liberal y representativa bajo hegemonía de los propietarios (tesis burguesa de la democracia en el siglo del “liberalismo posesivo”),<sup>14</sup> sino una “democracia autoritaria” bajo hegemonía de un bloque integrado por el gran capital internacionalizado y las Fuerzas Armadas. Ocurre, claro está, que la burguesía chilena actual debe moldear su conciencia política sobre la base de nuevas condiciones: la liquidación de un

<sup>14</sup> Véase C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possesive Individualism*, Oxford University Press (1977).

régimen democrático que había permitido el desarrollo de una fuerza/amenaza de carácter popular; la experiencia insurreccional burguesa del 70/73; la experiencia represiva posterior y el marco ideológico de la seguridad nacional; la destrucción de las bases económicas, políticas y culturales del Estado de compromiso y la reapropiación clasista de la conducción sobre el proceso de acumulación.

De allí que la fracción hegemónica de la burguesía haya desarrollado, durante estos últimos años, una postura crítica frente al sistema democrático representativo tal cual éste había existido en Chile hasta 1973, especialmente a partir de la perspectiva ideológica del mercado.

Para muestra un botón. "Esa democracia tenía mucho de formal. La igualdad ante la ley era relativa, por la determinante importancia del Estado. Los ciudadanos de primera tenían acceso al crédito, la televisión, las divisas, los viajes, los empleos públicos, las propuestas, etcétera. Otros ciudadanos, quizás de segunda, gozaban de franquicias tributarias, arancelarias, compras de sus empresas por CORFO y precios especiales. Los grupos económicos tenían, además, protecciones especiales del Estado y para nadie era un misterio que algunos gremios, patronales y laborales, vivían obteniendo tratamientos favorables del Estado, que los diferenciaba de la mayoría de los chilenos sin poder."<sup>15</sup>

En realidad, el argumento anterior está orientado nuevamente a la crítica del empresariado y la política tradicional, sólo que esta vez con una función distinta. Ya no se trata de barrenar la ideología estatal de la antigua fracción industrial de la burguesía, sino de transformar la conciencia democrática del conjunto de la clase dominante. En una línea similar se sostiene que "en el régimen pasado los cargos representativos llenados por sufragio universal no suponían que los aspirantes a ellos acreditaran capacidad o mérito alguno para su empeño". Igualmente, "...los antiguos parlamentarios estaban exentos de toda responsabilidad y, en el hecho, las mayorías de las Cámaras ejercían una dictadura absoluta, ilimitada y sin responder ante nadie de sus decisiones". (*El Mercurio*, Semana Política, 18 de julio de 1976).

En suma, se afirmará que "es un hecho y no una hipótesis de trabajo que la democracia liberal, según el modelo de pensamiento de los siglos XVIII y XIX, no puede enfrentar debidamente los problemas de una civilización de masas y de una estructura tecnológica complejísima. Esto se palpa en todo Occidente. Y no responde a las malignas incitaciones comunistas sino que deriva de la más lenta marcha de las soluciones políticas y jurídicas con respecto a la velocidad de los problemas sociales y técnicos que formula un planeta superpoblado, con sistemas de comunicación social que incitan a la imitación instantánea de unos a otros, y sujeto, por lo mismo, a la emulación, a la presión por conquistar los lugares ajenos, por encumbrarse en bienestar y en poder, factores que

<sup>15</sup> A. Bardón, *El Mercurio*, 27 de mayo de 1979.

generan el más variado repertorio de conflictos". (*El Mercurio*, Semana Política, 25 de septiembre de 1977).

En general puede sostenerse que la ideología del mercado, como parte medular de la concepción autoritaria del mundo emergente, constituye una crítica a la democracia en cuanto ésta impide la *plena expresión estatal* de una sola clase, la dominante. Y esto es, precisamente, lo que ocurría en Chile. De allí que la crítica se oriente, básicamente, hacia los mecanismos que hacían posible la negociación estatal: los partidos políticos, el parlamento, las organizaciones sindicales, el sistema electoral, etcétera; y hacia el rol desempeñado en la organización de la cultura por las instituciones que permitían la expresión, por desigual que ella fuese, de las diversas fuerzas sociales: medios de comunicación, sistema de enseñanza, universidades, etcétera.

## 2. *La ideología del modelo de acumulación*

Señalamos anteriormente que la ideología del mercado, tal como ha venido configurándose en Chile, constituye la representación o el marco ideológico que orienta el desarrollo del modo de producción instaurado en septiembre de 1973.

En ese carácter específico es que se sitúa al centro de la concepción autoritaria del mundo.

En efecto, una cuestión clave que expresa dicha concepción es que el nuevo modelo de acumulación no podía imponerse en ausencia de las condiciones políticas y sociales que trae consigo el establecimiento del Estado autoritario, entendido como dictadura de una clase que ha llegado por las armas al poder. Se trata de saber, entonces, si la "actual experiencia no habría podido llevarse adelante de no existir las condiciones de excepción conocidas, en los planos político y laboral". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 11 de noviembre de 1978). O en otras palabras: se trata de justificar por qué la democracia chilena existente hasta 1973 no constituía un marco político adecuado para la reapropiación clasista de la dirección de los procesos de auto-formación de la sociedad.

"En Chile existía colusión entre las burocracias políticas y los grupos de intereses económicos, patronales y de trabajadores, la que exigía un estatismo creciente. Esto condujo al quiebre del sistema y a la anulación, en el hecho, del régimen democrático. Todos eran, en algún grado, socialistas, y, particularmente, los grupos opinantes. Esta deformación de la democracia chilena impedía cualquier cambio en el sentido de una mayor libertad económica. [...] Sólo los militares han sido capaces de cambiar las cosas, avanzando en la extirpación del cáncer estatista de la antigua democracia chilena". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 11 de noviembre de 1978).

Se reafirma pues el argumento central de la concepción autoritaria del mundo: una clase dominante, amenazada en sus posiciones por el avance con efecto estatal de las fuerzas populares, no tiene más alternativas que interrumpir el proceso democrático y liquidar a sus enemigos de clase con el fin de imponer, en condiciones propicias, su condición exclusiva sobre la sociedad. Bajo el Estado de compromiso y el sistema democrático representativo esto era, evidentemente, impensable. Más todavía lo fue durante el período del Gobierno de la Unidad Popular, en condiciones de intensa lucha social y movilización. En fin, las modificaciones profundas en la economía —la privatización, la desestatización en favor de la operación del mercado, apertura de una economía exterior, la reinserción sobre nuevas bases en el sistema capitalista mundial— no podían hacerse sino en condiciones excepcionales, como las que proporciona el Estado autoritario y el empleo discrecional de los medios represivos.

A seis años de iniciado el proceso de reorganización autoritaria de la sociedad chilena cabe formularse nuevamente la pregunta inicial: “¿Puede un régimen democrático representativo llevar hoy adelante las transformaciones necesarias para que se establezca una completa economía de mercado?” (*El Mercurio*, Semana Política, 19 de agosto de 1979). La respuesta no ha cambiado en sus elementos básicos: “El avance hacia la libertad económica habría sido imposible sin la imparcialidad y la autoridad del régimen de las Fuerzas Armadas. Este avance no ha llegado a su fin. Quedan muchas batallas que dar hasta que el conjunto de la población experimente los beneficios de la economía de mercado y hasta que las personas y organismos intermedios disfruten de una amplia gama de opciones y decisiones libres. La situación de emergencia no ha cesado, por tanto, en el sentido de que están superándose día tras día, gracias a la autoridad del régimen, los problemas que motivaban los diagnósticos pesimistas de los ocho primeros meses de 1973”. (*El Mercurio*, *idem*).

En otras oportunidades, el argumento se vuelve más explícito. Por ejemplo, refiriéndose *El Mercurio* al poder económico todavía en manos del Estado, señala: “Sólo un Gobierno como el actual podría contribuir a la privatización efectiva de ese patrimonio:” (Semana Política, 16 de octubre de 1977).

De este modo, la ideología del mercado se articula, esencialmente, sobre un principio que comparte con la ideología de la seguridad nacional: el principio de que el orden social fundado en la conducción clasista del proceso de producción de la sociedad necesita ser protegido por un Estado autoritario, que disponga de condiciones excepcionales para recurrir a la represión. En efecto, “tal régimen tiene, en primer lugar, el mérito de durar; en segundo término, la posibilidad de conferir a la autoridad una eficacia realizadora que le está negada al sistema deliberativo de las democracias, y, tercero, la facultad de disponer la aplicación inflexible de un modelo concebido por expertos, sin considerar —a lo menos, por algún tiempo— las reacciones sociales que dicha aplicación comporta”. (*El Mercurio*, Semana Política, 25 de septiembre de 1977).

He ahí, en su expresión más gráfica, la pretensión totalitaria de control que comporta la concepción autoritaria del mundo: control sobre el tiempo, sobre la comunicación y sobre las reacciones populares que resulta del control sobre las Fuerzas Armadas y el Estado, sobre la organización de la cultura y sobre la economía.

El gran medio de sublimación ideológica de ese control absoluto lo proporciona, en la actual concepción dominante del mundo, el mecanismo del mercado y su funcionamiento.

Dicho de la manera más sencilla posible: de lo que se trata es de explicar la intervención de la clase dominante en los procesos básicos de formación de la sociedad chilena a través de un doble desplazamiento. Por un lado, se afirma que el mercado competitivo —en el que todos participamos— determina la orientación fundamental del sistema económico. Por otro, se afirma que el Estado cumple un rol subsidiario respecto a la iniciativa privada, corrigiendo las imperfecciones que pudiesen existir en el mercado y asegurando un marco estable de normas para la convivencia social.

“Consecuente con la idea de iguales oportunidades para todos, el Gobierno entrega al mercado y a sus señales indicadoras gran parte del mecanismo de asignación de recursos. En vez del arbitrio del funcionario, de la planificación abstracta y del control generalmente extemporáneo e inapropiado, el sistema cree en la acertada movilidad del mercado. A éste se le entrega el papel de orientador o indicador básico; pero eso no significa que el Estado renuncie a su papel de servidor del bien común. En virtud del principio de su subsidiaridad, el Estado entra a actuar sólo en caso de ausencia o deficiencia de otros mecanismos menores, pero jamás abandona su papel de árbitro supremo y de custodio de los intereses fundamentales de la comunidad”. (*El Mercurio*, Semana Política, 23 de mayo de 1976).

El modelo actual impulsaría así, a través de la “desestatización” y el mercado, una descentralización creciente del poder económico, y conferiría un papel rector a los consumidores en la dirección del desarrollo económico.

Por detrás de tales imágenes idílicas del mercado y su funcionamiento —que estriban todas en la representación del mercado como un complejo “sistema de señales” que coordina automáticamente a los individuos— subyace el supuesto de que dicho mecanismo podría operar, para innumerables materias de decisión, como un mecanismo eficaz de “representación proporcional” de las voluntades individuales, conforme al poder de compra de cada cual. Así, el mercado sería un instrumento de producción de un primer tipo especial de conformismo: aquel que se obtiene de cada individuo por su aceptación y adaptación a un régimen donde cada cual puede llevar a cabo “libremente” las transacciones que “desee” realizar. “Se pretende que esta forma de organizar la economía resuelva automáticamente una gran parte de los conflictos sociales, liberando al Estado de la carga que significa intervenir arbitrariamente en problemas

cuya solución siempre resulta difícil y comprometedora para la autoridad. [...] En la nueva concepción, los gobernantes podrán dedicarse a la gran política, dejando el resto de las decisiones a un sistema descentralizado que, como tal, no está ligado directamente a decisiones gubernamentales". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 8 de octubre de 1977).

Conforme con esa lógica de creciente "automatización" de los procesos sociales por el mercado, se pretende orientar además un conjunto de actividades que antes estaban bajo la atención preferente del Estado, como son la salud, la educación, la urbanización, la seguridad social, la capacitación laboral y la "promoción cultural". Igualmente, dentro del mismo marco ideológico, se procura reglamentar la vida sindical y específicamente la negociación colectiva, sujetándolas al criterio rector del mercado laboral.

En todos los casos el objetivo perseguido es el mismo: sujetar la distribución de los bienes y servicios a un mecanismo "objetivo" y aparentemente "universalista", que sepulta las diferencias sociales tras la simbología del ingreso y, por ende, del rendimiento individual. Simultáneamente, se piensa que un mecanismo tal de distribución de las oportunidades de vida vuelve inconducentes las demandas sociales organizadas, sobre todo desde el momento que el Estado se halla situado fuera del sistema de presiones conflictivas, y sirve exclusivamente los propósitos de la clase dirigente. En fin, se sostiene que "el riesgo del activismo estéril se minimiza con un sistema económico descentralizado, donde exista efectiva libertad, un mínimo de actividad estatal y el cobro por los servicios públicos a los ciudadanos que puedan pagarlo". (*El Mercurio*, Temas Económicos 8 de octubre de 1977). Así, por ejemplo, se postula que "la educación pagada tiende a eliminar a los activistas", pues aquel que compra su educación no estaría en disposición de malgastar el tiempo en el "activismo estéril". Igualmente, "la privatización y competencia entre los medios de comunicación garantiza que sólo subsistirán aquellos que interpreten a las grandes mayorías nacionales", (*El Mercurio*, *idem*), pues sólo éstos tendrán el apoyo financiero que proviene de la venta y la publicidad.

Como es fácil comprender, la tesis de que el mercado puede regular casi todos los comportamientos que toca, igual como las hadas del cuento que vuelven transparente todo lo que rozan con su varita mágica, se funda en una concepción del hombre como un sujeto motivado exclusivamente por el provecho económico y el deseo de consumir. Por eso se dirá que la economía de mercado "consiste sencillamente en despertar en la gente el deseo de comprar, lo que, a su vez, motiva el deseo de trabajar, de producir y de emprender". (*El Mercurio*, Semana Política, 19 de agosto de 1979). A su tiempo, "los valores humanos y sociales tienen su lugar adecuado y quienes quieren y pueden dedicar tiempo a actividades no económicas disfrutan de todas las posibilidades de hacerlo". (*El Mercurio*, comentario editorial, 19 de agosto de 1979).

De allí también que se atribuya una especial trascendencia e impacto *políticos* al funcionario de un mercado de bienes y servicios. Aquí la tesis central es que el acceso a ciertos tipos de bienes define ciertas pertenencias sociales vía la determinación de un "estilo de vida" similar, cualesquiera que sean las demás diferencias de riqueza, poder y status. "De este modo, lo que aparece primero como algo propio de los grupos de altos ingresos, abre sus puertas para que los menos pudientes se suban al tren del consumo, aunque sea en los últimos carros. El asunto parte lento, pero luego empieza a arrastrar a más y más gente, porque al fin de cuentas los objetos son más convincentes que las ideas".<sup>16</sup>

La apariencia de igualdad y movilidad social ascendente que crea el consumo es un tópico en la ideología del mercado. Volveremos sobre esto más adelante. Pero el argumento tiene también una consecuencia política anexa. Como ha dicho *El Mercurio*, cuando más consumidores tengan acceso a los automóviles, "la situación social del país será diversa, porque habrá más propietarios y más igualdad en los niveles de vida. La repercusión en el orden político de lo anterior es evidente... Los nuevos propietarios darán mayor estabilidad al sistema político y contribuirán poderosamente a una valorización de la libertad personal, como base de la nueva institucionalidad chilena". (Temas Económicos, 10 de febrero de 1979).

En suma, el mecanismo económico del mercado es además un mecanismo ideológico en la medida que permite que los individuos, separadamente, *inviertan* en el orden de la sociedad,<sup>17</sup> conformen sus comportamientos y motivaciones a la dialéctica del adquirir/consumir y se integren de esta forma a un sistema de estratificación simbólicamente más igualitario, más permeable y menos conflictivo. Asimismo, el mercado funciona como un mecanismo aparentemente automático, impersonal y objetivo tras el cual puede desenvolverse, protegida y privatizadamente, la intervención de la clase dominante sobre los procesos de formación de la sociedad. Al final de cuentas, es *el* mercado el que explica por qué los medios de comunicación se concentran en pocas manos, por qué la educación se vuelve más y más selectiva en favor de los alumnos que por su origen social y familiar poseen un capital cultural, por qué el acceso al consumo conspicuo está restringido a los menos, etcétera. "Lo justo parece ser el respeto a la libertad de consumo de las personas, para que éstas manifiesten su preferencia en el mercado a través de su poder de compra". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 24 de septiembre de 1977).

Hacia el conjunto de la sociedad, por último, la operación del mercado tiene efectos que, desde el punto de vista ideológico, son importantes y

<sup>16</sup> P. Huneus, "Cambios estructurales en la mentalidad chilena", *Revista Universitaria*, Ediciones Nueva Universidad, Pontificia Universidad Católica de Chile, Nº 1, 1978, pp. 75-86.

<sup>17</sup> Véase N. Lechner, *Poder y Orden. La estrategia de la minoría consistente*, FLACSO, 1977.

que en esa misma medida forman parte sustantivamente de la ideología del mercado.

En primer lugar, el propio proceso del consumo genera su tipo peculiar de *conformidad*. Pero ésta, paradójicamente, se traslada fuera del campo de las significaciones normativas elaboradas en el proceso de la comunicación social; se traslada, directamente, a los *objetos consumidos*. Y con ello pasa a depender, en lo básico, del poder adquisitivo de los individuos, de los objetos ofrecidos a través del mercado y de su particular calidad de signos que operan en un mundo de comunicación no verbal. “En lo que sigue daré por supuesto que *todas* las diferentes dimensiones no verbales de la cultura, como los estilos de vestir, el trazado de una aldea, la arquitectura, el mobiliario, los alimentos, la forma de cocinar, la música, los gestos físicos, las posturas, etcétera, se organizan en conjuntos para incorporar información codificada de manera análoga a los sonidos y palabras y enunciados de un lenguaje natural. Por tanto, doy por sentado que es exactamente igual de significativo hablar de las reglas gramaticales que rigen el vestido que hablar de las reglas gramaticales que rigen las expresiones verbales”.<sup>18</sup>

La conformidad generada a través del mercado tiene que ver, principalmente, con esa comunicación que se establece a través de los objetos consumidos. Estos últimos son, efectivamente, portadores de significaciones sociales y su gramática es, más que cualquiera otra, una gramática de clase. El uso que de ella se haga determina una “manera de hablar”, no de los objetos, sino del usuario, de sus expectativas y resignación, de su capacidad económica y su posición social, de su movilidad e inercia, de sus relaciones y sus grupos de referencia, de su adscripción a pautas culturales o su manera idiosincrática de manipularlas.

El mercado recrea así un *espacio público* pero a través de medios privados lo somete a una infinita fragmentación a través del intercambio; en dicho espacio el movimiento de la sociedad aparece entonces regulado por la voluntad soberana del consumidor. “¿Qué significa esto? Simplemente que nosotros, los ciudadanos, a través de nuestros recursos hacemos valer en el mercado nuestras preferencias, dándoles ‘señales’ a los productores —por vía de los precios que pagamos por los bienes y servicios—, indicando qué cosas se deben producir más y cuáles menos”.<sup>19</sup> En esta visión, que alguien llamó “celestial”, el mercado se encarga pues de generar la *conformidad básica* de la sociedad, y al mismo tiempo distribuye a las personas y grupos de personas en una escala de estratificación que estaría determinada por los “patrones de consumo”. “Frente a la jerarquía del poder y del origen social, habría la democracia del ocio, de la autopista y del refrigerador”.<sup>20</sup> En adelante, “la clase alta” no se iden-

<sup>18</sup> E. Leach, *Cultura y comunicación: la lógica de la conexión de símbolos*, Siglo XXI, 1978, p. 15.

<sup>19</sup> R. Luders, *La Tercera de la Hora*, 23 de agosto de 1978.

<sup>20</sup> J. Baudrillard, *Crítica de la economía política del signo*, Siglo XXI, 1977, p. 44.

tifica por su dominación sino por su consumo, por el tipo de viviendas que poseen sus miembros y su localización urbana, por el tipo de negocios en que compran, por su manera de entretenerse, por la frecuencia de sus viajes, por los gadgets de lujo que coleccionan, por el alimento que consumen, el colegio donde envían a sus hijos, etcétera. La clase media, que en esta visión se extiende desde el profesional altamente remunerado hasta el obrero especializado, consume de acuerdo a otro modelo, y sus grupos se estratifican a la vez por un acceso diferencial al auto (de lujo, medio o barato), la vivienda (Vitacura, Nuñoa, La Cisterna), el tipo de entretenimientos, etcétera. Por último, la clase baja es aquella que está compuesta por las familias cuyos miembros satisfacen apenas sus necesidades básicas, reservándose el calificativo de extremadamente pobres para aquéllos que no alcanzan a satisfacer ese mínimo de consumo. De arriba/abajo, la distancia social entre los grupos no aparece sino como una "escala de consumo", salvo para los extremadamente pobres, que por lo mismo deben recibir atención preferente del Estado, a través de subsidios que les permiten incorporarse al escalón inferior del consumo. En suma, la integración social opera aquí al nivel del mercado, que al efecto opera como un mecanismo de generación de conformidad vía los patrones diferenciales de consumo; como un espacio de relación social para los individuos a través de transacciones que tienen efectos comunicativos múltiples.

Evidentemente, el ciudadano en este nuevo contexto no requiere primordialmente información política, sino información de mercado. "Junto al advenimiento de una economía social de mercado, que significa competencia, mercados activos, muchos productores, precios libres, entrada de productos importados, etcétera, es necesario contar con información independiente y oportuna. El trabajador de hoy no siempre dispone del tiempo y de los conocimientos para tomar la decisión correcta sobre lo que puede o debe comprar". (*El Mercurio*, p. D8, 29 de julio de 1979). La publicidad y la información del mercado se encargan pues de orientar al ciudadano, de modo que éste pueda elegir adecuadamente y ejercer su derecho al consumo con responsabilidad y conciencia. "*El Mercurio* cumple este mes un año de entrega periodística y técnica en servicio al consumidor a través de informaciones diarias especializadas. 31,000 precios de productos encuestados en los supermercados de la capital y provincias [...] 5,000 productos para el hogar con sus precios y características todos los martes [...] 52 semanas de precios de las acciones de la Bolsa de Comercio [...] Estadísticas, gráficos y comentarios de los intereses cobrados por bancos y financieras, todos los lunes [...] 160 reportajes sobre temas de utilidad para el consumidor [...] 50,000 avisos económicos analizados y clasificados para que usted tome la mejor decisión [...] 1,000 comercios e industrias visitadas a lo largo de un año [...] Diariamente todo lo que el consumidor quiere saber sobre precios, productos, formas de venta, comercialización [...] Diariamente cómo son los locales, las empresas, los servicios y de qué manera atienden al consumidor". (*El Mercurio*, *idem*)

ant.) De este modo, la parquedad de la información política y la opacidad de los procedimientos del poder son progresivamente sustituidas por una abundante comunicación sobre los movimientos del mercado, que complementa y al mismo tiempo refuerza la creciente publicidad.

El otro gran efecto ideológico del mercado consiste en sustraer al Estado del espacio público, otorgándole un rol "subsidiario", esto es, un rol administrativo-político y otro de apoyo al mercado.

El rol administrativo-político del Estado consistiría en asegurar la existencia de un marco legal y del orden público, garantizar el cumplimiento de los contratos libremente convenidos, proteger el derecho de propiedad y los demás derechos de los individuos y adoptar las decisiones económicas de tipo político, según se las ha llamado. Entre estas últimas se contemplan las relacionadas con aspectos económicos de la defensa nacional, la determinación de la política monetaria y fiscal, la administración de los organismos públicos, etcétera.<sup>21</sup>

El rol de apoyo al mercado que el Estado debe cumplir comprende el fomento de los mercados y la protección al consumidor, la entrega de los bienes y servicios públicos, la redistribución del ingreso a través de subsidios directos a los pobres y la fijación de normas o reglas del juego que enmarquen la libre iniciativa de los individuos.

En fin, si el Estado es sustraído al espacio público ello se debe a que el mercado opera ahora como mecanismo para determinar el *interés público*. Este ya no se forma políticamente, a través de un proceso de comunicación donde deben hacerse valer argumentos y donde la acción del Estado se apoya en el libre y explícito consenso obtenido por medios que aseguran la participación política, sino que se determina por el libre juego del mercado. "Como ha demostrado la ciencia económica, la existencia de un sistema de precios realista y un adecuado sistema tributario permiten identificar con el interés público las decisiones que toman las empresas privadas. La perturbación de estos mecanismos pone en conflicto, estos intereses".<sup>22</sup> De allí que el Estado deba meramente "apoyar" el funcionamiento de los mecanismos del mercado. Estos se encargarían entonces de identificar los intereses privados con el público, permitiendo, además, "que las decisiones privadas tengan mucho mayor identificación con los intereses nacionales". Así pues, la esfera pública de la sociedad se constituye precisamente con los materiales de la esfera privada, trasmutados éstos por el mercado.

La concepción autoritaria del mundo descansa en gran parte en esa ideología del mercado que hemos descrito. A partir de ella encuentra su fundamento la idea de que el Estado no puede organizarse democráticamente, reducido como se encuentra al cumplimiento de funciones de

<sup>21</sup> Véase E. Illanes, "El Estado en la Economía", *Realidad*, Año 1, Nº 2, julio de 1979, pp. 27-32.

<sup>22</sup> H. Concha, "El Estado Empresario, algunos comentarios", *Realidad*, Año 1, Nº 1, junio de 1979, pp. 21-26.

resguardo del orden público y de funciones técnico-administrativas de carácter subsidiario.

El problema del orden público, desde el punto de vista de la ideología del mercado, no se agota sin embargo en los aspectos represivos y de regimentación de los comportamientos, que interesan fundamentalmente desde el punto de vista de la ideología de la seguridad nacional. Ahora el énfasis está puesto en la *disciplina*, como conformidad de obediencia otorgada al sistema. “Al hablar de disciplina no pretendemos aludir a un orden externo, impuesto con paternalismo o —peor aún— con despotismo, sino a la obediencia que prevalece por decisión íntima de la persona y que se transforma en esfuerzo metódico, en sacrificio de horas libres a un objetivo generoso, en formación y preparación para el desempeño de tareas desinteresadas”. (*El Mercurio*, Semana Política, 17 de octubre de 1976). Con todo, el mecanismo del mercado no puede fundar una ética para el disciplinamiento de la sociedad y tampoco puede hacerlo un Estado cuya autoridad descansa, de manera importante, en la fuerza y en una doctrina obsesiva de la seguridad. Por eso la ideología del régimen se vuelve retumbante y vacua cuando llega la hora de los apelativos éticos. En efecto, se dirá que la “ética nacional debe ser capaz de hacer del mercado de bienes y servicios un instrumento de asignación justa y eficiente de los recursos económicos [...] Esa ética nacional debiera postular un régimen autoritario y una voluntad indomable de aplastar los extremismos y los terrorismos, cuidando sin embargo de resguardar las libertades esenciales de los ciudadanos y el respeto debido a su destino espiritual”. (*El Mercurio*, Semana Política, 11 de julio de 1976). Es, como se ve, una ética nacional a la medida de los intereses privados de la clase dominante: una ética del mercado y una ética de la seguridad y la guerra de clases. La ideología del mercado se ha hecho cargo así, progresivamente, del tema de la seguridad nacional. “No hace mucho, el tema de la seguridad nacional se asociaba a militarismo simple y drástico, o [...] quedaba asimilado a una doctrina absolutista que permitía a los gobiernos autoritarios adoptar discrecionalmente cualquier género de medidas que afectaran a los derechos humanos”. (Se recordará que era esta última, precisamente, la versión propugnada por la ideología de la seguridad nacional. Las cosas han cambiado sin embargo). “La seguridad nacional, como valor inherente al ser y a la subsistencia de la nación, va más allá de los mecanismos y exigencias puramente militares. Abarca, en el hecho, a toda la ciudadanía, y se confunde con la noción y la acción que derivan de la misma existencia de la nación. Por eso, son escasos los temas y campos en que se excluya la seguridad nacional”. (*El Mercurio*, Semana Política, 24 de junio de 1979). En suma, el Estado resguarda el orden público garantizando la seguridad y proponiéndose como objetivo el disciplinamiento de la sociedad.

Paralelamente, el Estado debe cumplir un rol técnico-administrativo a través de la adopción de “decisiones públicas”, que tienen un doble carácter. “Las decisiones evaluativas o valorativas son políticas, y han

de tener lugar en una instancia política. Las decisiones técnicas, en cambio han de atenerse a juicios positivos o científicos. Ahora bien, tecnificación significa, precisamente, que la ejecución de las decisiones políticas se hagan a través de los medios técnicamente idóneos, pues en nada fortalece a la democracia el que las razones técnicas se vean pospuestas por argumentos ideológicos".<sup>23</sup>

La ideología del mercado ha avanzado un buen camino en la generación de un convencimiento, dentro del bloque en el poder, de que la política "moderna" necesita convertirse en técnica para ser eficaz. Es éste, por lo mismo, un tópico de la concepción autoritaria del mundo. Por cierto que la pretensión no es nueva: desde los orígenes del poder en las sociedades primitivas, éste ha tratado de recubrirse de un círculo mágico, sea de carácter divino o profano. El poder es arcano y se define por la distancia que pueda crear entre sus portadores y la sociedad. Para eso se viste de máscaras y habla en lenguajes "oficiales"; se hace rodear de una parafernalia y exige que se hagan celebraciones y ritos en su nombre; se identifica con los espíritus de los antepasados y con las insignias de la fuerza; reclama un contenido espiritual para sí mismo y exige que quienes se dirijan a él lo hagan con la debida sumisión y usando las formas consagradas. El poder autoritario reúne varias de esas características, pero agrega una que es típicamente moderna: decide actuar en nombre de la ciencia y la técnica. Así, el poder busca volverse invulnerable frente al juicio público, elaborado entre la gente común en uso de su razón y por medio del lenguaje ordinario, y rechaza el veredicto popular. Su racionalidad, en efecto, se supone más alta y pura. En cualquier caso, no pueden pronunciarse sobre ella aquéllos que carecen de la competencia técnica necesaria.

Esta gran mistificación ideológica es, por cierto, profundamente antidemocrática. Su función precisa, de otro lado, es paralizar el debate público y mantener la política al nivel de mercado. De esta forma, el Estado aparece impulsando *un modelo*, más que una política. El manejo económico de la fracción dominante de la burguesía se presenta igualmente como el único posible de acuerdo a las modernas enseñanzas de la ciencia económica. Así, por ejemplo, son frecuentes afirmaciones como la siguiente: "Detrás de las posiciones de ODEPLAN se encuentra un pensamiento sobre distribución del ingreso basado en las enseñanzas de la ciencia económica." (EL *Mercurio*, Temas Económicos, 13 de mayo de 1978).

La autoimagen de una intelectualidad largamente relegada por sus posiciones a desempeñar un rol secundario en las universidades y las empresas, pero que repentinamente accede al poder, arrastrada por un movimiento cuya representación ideológica le es delegada casi por completo, ha debido también infuir en ese proceso de exaltación de la visión

<sup>23</sup> General Augusto Pinochet, Discurso pronunciado en la Universidad de Chile, *El Mercurio*, 7 de abril de 1979.

tecnocrática del mundo. En efecto, se trata de una intelectualidad poco densa culturalmente, pero poseída de una ideología económica que cuenta con el pleno respaldo de la fracción dominante de la burguesía, cuyos intereses expresa, racionaliza y promueve en el campo práctico, teórico y de la difusión. Es una nueva intelectualidad orgánica del nuevo núcleo de conducción de clase; de allí también su ruptura con las concepciones de la intelectualidad más tradicional de la burguesía chilena, ligada al foro y la política, al tradicionalismo católico y el status aristocrático con base en el ambiente rural. La nueva intelectualidad es más bien urbana, secularizada, de origen en familias profesionales, con una mentalidad más extranjerizante y una formación que la liga más estrechamente a la empresa, el capital extranjero y las finanzas: se trata de ingenieros, economistas, administradores, y mucho menos de abogados, sacerdotes, médicos o de hombres vinculados a la academia y el parlamento.

Esta nueva intelectualidad detenta, por otra parte, un virtual monopolio sobre la expresión pública en materias económicas y políticas, lo que contribuye poderosamente a incrementar su auto-imagen como casta superior. En efecto, esa intelectualidad percibe la crítica como una mera expresión demagógica, sin fundamentos que la validen. "En Chile han prevalecido los juicios de valor o las posiciones ideológicas por sobre el desarrollo evidente que ha tenido la ciencia social en los últimos años. Es similar a lo que ocurría durante algunos periodos de la Edad Media respecto de posiciones dogmáticas frente al desarrollo de la ciencia". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 24 de julio de 1976). Por lo mismo, la actual élite tendría que llevar a cabo una importante tarea de "desintoxicación intelectual", a fin de romper la predominancia de aquella cultura de corte socialista que se habría apoderado de la opinión pública. "Los economistas profesionales, más allá de las discrepancias que pudieran tener y que tienen, deben llevar a cabo una práctica constructiva en torno a lo que constituyen las leyes fundamentales de esa ciencia. Sólo después de un esfuerzo, que sin duda demorará años, se logrará establecer un consenso mínimo de forma tal que no vuelvan a cuestionarse aspectos obvios del manejo económico del país". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 17 de julio de 1976).

La pretensión de volver "incuestionables" los manejos políticos de una clase social es típicamente una pretensión autoritario-tecnocrática, y forma parte esencial de la concepción del mundo de esa clase. Evidentemente tal pretensión no podría mantenerse públicamente si existiese una comunicación social abierta, en que los interlocutores tienen acceso semejante a las universidades, los medios de difusión y a la opinión informada. Por ello, resulta indisoluble de la función intelectual que cumple la élite tecnocrática asociada al poder, la posesión de un variado aparato académico-publicitario junto con la exclusión de las concepciones alternativas de mundo, que deben desarrollarse precariamente y al margen del espacio público, cuyo acceso se encuentra regulado por el Estado y la concentración de los medios significativos de comunicación.

La ideología del mercado se sostiene pues, al nivel de su elaboración comunicativa, a través del desarrollo de una visión tecnocrática de la política económica que busca retirar ciertos temas fundamentales del debate abierto para someterlos a un tratamiento "científico". Conjuntamente, se espera reducir el área de intereses promovidos por el Estado que necesitan legitimarse, a fin de hacer frente así al continuo déficit de legitimidad que afecta al sistema político autoritario. En efecto, se piensa que si el Estado se restringe a labores de apoyo al funcionamiento del mercado y a promover tareas de contenido paternalista más o menos declarado (subsidios a los pobres, programa del empleo mínimo, etcétera), entonces su demanda por legitimidad sería relativamente baja y fácil de satisfacer. "Si la acción gubernamental, en el futuro, se concentrara en un sistema racional de subsidios a los pobres, la legitimidad del sistema político tenderá, indudablemente, a acentuarse". (*El Mercurio*, Temas Económicos, 8 de octubre de 1977).

Puede decirse, a manera de resumen y para terminar esta parte, que la ideología del mercado constituye el esfuerzo más sistemático de la nueva concepción autoritaria del mundo por definir un planteamiento de desarrollo capitalista para Chile en las actuales circunstancias. Es decir, tras la liquidación del marco democrático del Estado, la exclusión política del movimiento popular, la formación de un poder autoritario y dentro de las condiciones de dependencia del sistema capitalista mundial que caracterizan la presente etapa de su desarrollo.\* Es desde el punto de vista de las exigencias del proceso de acumulación de capital, en efecto, que la ideología del mercado se vuelve inteligible, a pesar de que sus efectos son muchos más variados como hemos mostrado más arriba. Desde el punto

---

\* Al respecto de esto último, es interesante considerar el siguiente párrafo del informe de la OECB, "Towards Full Employment and Price Stability" (1977). "Governments are formally unconstrained in their demand for credit to finance payments imbalances or to influence exchange-rate movements, as long as they are willing to pay the market rate of interests. So long as the private markets are prepared (and able) to increase their deposits in domestic banking systems in order to satisfy higher loan demand, governments will be able to continue borrowing and official reserves will continue to be created. Consequently, the limits of reserve-creation have become ill-defined and fluid, being set now by the private market's judgment of the credit-worthiness of individual countries rather than by official multilateral evaluation of the needs of the system as a whole. In this sense, the private market has taken over functions and responsibilities that used to be thought more appropriate to national and international authorities, and the international monetary system has taken on some of the characteristics of a domestic credit system without a central bank. Today, it is often private institutions which effectively make the crucial decisions regarding access to liquidity and the financing of payments imbalances. The terms attached to this liquidity tend to be those associated with standard banking practices".<sup>24</sup>

<sup>24</sup> P. Mc Craken *et al*, *Towards Full Employment and Price Stability*, Paris: Organization for Economic Cooperation and Development, 1977. Cit. en R. O. Keohane, "Economics, Inflation, and the Role of the State", *World Politics*, october, 1978.

de vista de aquellas exigencias es que se comprende, asimismo, la identificación entre la ideología de la seguridad nacional y la ideología del mercado, y el rol que en ambas se asigna al Estado como guardián represivo del orden público, sobre todo, de sus bases económicas y la estabilidad política de la clase dominante. Las contradicciones patentes entre este capitalismo y un planteamiento sobre la democracia impulsan a su vez a la concepción autoritaria del mundo a someter, en el actual modelo de desarrollo, la democracia posible al capitalismo en organización, invocándose para ello, como en un juego de ecos, la necesidad de la seguridad y la libertad económica para el sector internacionalizado de la burguesía.

### *El suplemento tradicionalista católico*

Hay un tercer cuerpo de ideas que ha contribuido, aunque en menor grado, a moldear la concepción autoritaria del mundo. Se trata de la ideología tradicionalista católica, tal como existe en su versión nacional contemporánea. Su importancia suele ser sobreestimada, tal vez porque ella contribuyó, especialmente en los primeros años después del golpe militar, a moldear la retórica oficial, más accesible como era a una opinión pública desacostumbrada a pensar y hablar en términos de seguridad nacional y de una economía de mercado.

El tradicionalismo católico ha tenido en Chile sus momentos de gloria, y no puede desconocerse su influencia social, política y cultural.<sup>25</sup> En su versión contemporánea, sin embargo, se presenta como una ideología relativamente inorgánica, propia de grupos reducidos, y con escasa irradiación cultural.

Con todo, el desarrollo ideológico y práctico de la línea gremialista durante el período de la insurrección burguesa tuvo múltiples conexiones con ese tradicionalismo católico, el que contribuyó, si no con un marco conceptual para la acción, al menos con un lenguaje apropiado para la interpretación de la crisis y para la orientación moral del movimiento. En efecto, hay en la ideología tradicionalista católica un sentimiento básico respecto del desorden del mundo, y de la vulnerabilidad del hombre, que le permite fácilmente emerger como una respuesta existencial en los momentos de crisis de la cultura hegemónica de la clase dominante. "Precisamente la utopía del hombre 'naturalmente bueno', del hombre 'capaz de un progreso ilimitado', al perder contacto con la realidad intrínseca del pecado humano, deriva hacia tales ingenuidades y tonterías, que obliga, por la fuerza de los contrastes pendulares de la historia, a pasar a los pesimismo más negros y a las patologías más nauseabundas. Como la utopía no resiste a los embates de los porfiados hechos, termina por precipitarse en el desencanto más tenebroso. Se gira entonces en el círculo vicioso

<sup>25</sup> *idem* nota 4.

que va de la utopía al Apocalipsis, y de vuelta".<sup>26</sup> De ahí que en los momentos de profundo desquiciamiento social el tradicionalismo emerja como una respuesta "realista", invocando el orden natural de las cosas, la jerarquía de las posiciones y las prerrogativas de la autoridad.

Lo que distingue el tradicionalismo católico contemporáneo de su propio tronco histórico no es, por eso, su carácter anti-democrático, antiliberal y autoritario. Las diferencias provienen más bien del contexto económico y social, nacional e internacional, en que ambas versiones del tradicionalismo emergen. El tradicionalismo "histórico", el de la revista *Estudios* en la década del 30, se propone "reformular bajo términos diferentes un nuevo modelo de hegemonía social ante la crisis irreversible de las tradicionales formas oligárquicas de dominación social".<sup>27</sup> Constituye, por eso mismo, un proyecto de sociedad expresado en los moldes autoritarios de la época: es corporativista. Pretende sustituir al núcleo oligárquico de conducción de la clase dominante, dentro de la cual alcanza a ejercer una importante influencia intelectual y cultural. El tradicionalismo católico contemporáneo, en cambio, sirve más bien como una *ideología suplementaria* a la concepción del mundo de la clase dominante, prestándole un cierto lenguaje y una particular sensibilidad trascendentalista y estamentalista.

Especialmente nítida es la influencia de ese lenguaje en las expresiones de la ideología oficial que tienen que ver con los principios últimos que se invocan para la acción del Estado. "La alternativa de una sociedad de inspiración marxista debe ser rechazada por Chile, dado su carácter totalitario y anulador de la persona humana, todo lo cual contradice nuestra tradición cristiana e hispánica". (*Declaración de Principios del Gobierno de Chile*). Pero en esta visión, el liberalismo debe ser rechazado por igual que el marxismo. "En este punto la disyuntiva no puede ser más tajante: o se reconoce el derecho natural como lo hicieron las naciones medioevales o se prescinde de sus exigencias, como lo están llevando a cabo las naciones modernas. *Non datur tertium*. La antítesis efectiva no se da así entre las sociedades civil liberales y las de tipo marxista, sino entre todas éstas por igual respecto de la sociedad civil tradicional".<sup>28</sup> Este principio será recogido por el Estado autoritario especialmente en sus formulaciones jurídicas y en el debate constitucional, y permeará también el discurso oficial. Más allá, el tradicionalismo encontrará aquí, como en otros varios puntos, una fácil resonancia con la ideología de la seguridad nacional, a la que puede proporcionarle así un fundamento "teórico" de mayores alcances.

Pero es en el campo de la ideología sobre el orden y las jerarquías que el tradicionalismo católico resulta más consonante con la concepción auto-

<sup>26</sup> J. M. Ibáñez, *art. cit.*

<sup>27</sup> G. Catalán, "Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile", *Escritos de Teoría*, III-IV, diciembre 1978-enero 1979.

<sup>28</sup> O. Lira, "Nación y Nacionalismo", en, Varios autores, *Pensamiento Nacionalista*, Colección Pensamiento Contemporáneo, 1974, p. 35.

ritaria del mundo. Según esta visión, en efecto, el orden es el hecho natural por excelencia. "Si observamos la vida del hombre, veremos que se desarrolla, desde que nace, en mil formas, a través de diversos grupos que están escalonados en ciertas jerarquías y que tienen también diversa importancia, tanto por sus fines, como por su extensión, por su grado de permanencia y por otros factores, fáciles de observar si se comparan diversos grupos de sociedades o de instituciones de la vida social. [...] El bien común de la sociedad estriba, pues, en respetar y mantener siempre esta determinada armonía, impuesta por la naturaleza social del hombre, que regula, reglamenta u ordena [...] el actuar de cada uno de los sujetos, dentro del conjunto".<sup>29</sup>

Cada hombre tiene una posición y cumple una función. Si se mantiene pues el orden armónico de las posiciones y las funciones el conflicto desaparece de la sociedad. "A mi juicio, el ejemplo del cuerpo humano es asimilable al caso del cuerpo social. El bien común exige perentoriamente el bien de las partes y la armonía entre ellas. ¿Y cuál es el principio de esta armonía?: aquel que permita a todos los miembros realizar de manera óptima las operaciones que le son propias, lo cual implica ninguna contradicción, pues precisamente han sido hechos de modo que esa armonía sea perfectamente natural. Y cuando un miembro amenaza gangrenar el cuerpo social, puede ser eliminado o impedido en su acción con mucho mayor razón que en el cuerpo humano, porque obra voluntariamente".<sup>30</sup>

La apología de la desigualdad social adquiere en el tradicionalismo un carácter incluso "filosófico". Como afirma un autor: "Lo que tiene de grande el pensamiento cristiano, desde el punto de vista de la filosofía social, es, precisamente, que concibe un orden jerárquico, un orden lógico, en el cual los seres, desde la materia inanimada hasta el hombre, tienen sus órbitas, sus posiciones, su sitio preciso, están relacionados unos con otros. [...] En la desigualdad no está la injusticia; la injusticia estriba en que a alguien le falte lo que necesite, lo que es adecuado. Eso es "lo suyo", definido por la virtud, pero no es injusticia el que los hombres estén en distintas posiciones y tengan diversas labores o misiones, llamados a vocaciones diferentes dentro de la sociedad, desde las más humildes hasta las más altas".<sup>31</sup>

En fin, dentro de ese mismo orden lógico y natural tienen su cabida los demás tópicos de la ideología tradicionalista católica: la afirmación del derecho de propiedad como base de la existencia de la sociedad, la visión del Estado como garante del bien común, la consagración del principio de subsidiaridad como rector en la ordenación de la autonomía de los cuerpos intermedios, etcétera.

Todos esos elementos, en tanto son profundamente compatibles con la

<sup>29</sup> J. Philippi, "Reflexiones sobre Bien Común, Justicia, Derecho y Formalismo Legal", en, Varios autores, *Visión Crítica de Chile*, op. cit., p. 23.

<sup>30</sup> G. Ibáñez, *El Estado de derecho*, Editorial Jurídica de Chile, 1978, p. 140.

<sup>31</sup> J. Philippi, op. cit., p. 30-31.

ideología del mercado y la seguridad nacional, le proporcionan una interpretación suplementaria, un cierto carácter ético, una vaga conexión con los principios de la "civilización cristiana y occidental". Además, se integran fácilmente en la concepción autoritaria del mundo, reforzando la tematización del orden, de las jerarquías y las disciplinas.

### *A modo de conclusión*

En rigor, no me propongo concluir nada. Sólo hacer algunos comentarios finales.

La concepción autoritaria surgida en Chile a lo largo de estos últimos años constituye un nuevo mapa cultural a través del cual la clase dominante interpreta su acción sobre la sociedad y busca influir sobre ésta en el plano ideológico. Se trata pues de una concepción orgánica, que recoge y elabora la práctica cotidiana de una clase, al igual que sus aspiraciones, sus temores y su desarrollo en todos los planos de la actividad social. A través de esta concepción, la burguesía chilena se refleja a sí misma pero también muestra su manera de mirar el mundo, la historia y la sociedad.

Lo que hay de radicalmente distinto en esta ideología, respecto al pasado ideológico de la clase dominante, es que se trata de una ideología "revolucionaria", surgida de una insurrección triunfante y de la plena expansión estatal de una clase. De allí también que su materialización deba buscarse en la organización de la sociedad antes que en los discursos que la explicitan, pues estos últimos representan siempre un uso táctico del código ideológico que les subyace: juegan con él, lo ocultan a veces, lo adecúan a la audiencia, hacen trampas con él o le imponen una retórica de circunstancias.

Una concepción del mundo no está, por otro lado, cristalizada en ninguna parte en particular. Ni en la conciencia de sus portadores ni en las prácticas o instituciones que genera. Está por todos lados, y está en permanente transformación. Si en un momento, por ejemplo, fue dominante la ideología de la seguridad dentro de la concepción autoritaria, hoy ésta está articulándose, progresivamente, en torno de un nuevo eje hegemónico, la ideología del mercado. Es básicamente a partir de ésta que continuará el desarrollo de la concepción en su conjunto. Mas ello no significa que vaya a desaparecer la retórica tradicionalista o que la ideología de la seguridad pudiese perder su función fundamental. En verdad, lo más posible es que todos los elementos integrantes de la concepción autoritaria tiendan en adelante a desarrollarse en una perspectiva "política", a fin de ajustarse a los requerimientos del proceso de institucionalización y a la lucha ideológica que aquél traerá consigo.

Debiera considerarse, también, que una concepción del mundo no tiene exclusivamente efectos macro-sociales. Hay también una función ideológica microscópica, que consiste en la regulación cotidiana que una con-

cepción del mundo determina al nivel de las interacciones situadas. Por lo general se hace abstracción de esa dimensión, pues es más opaca y resistente al análisis, y porque aparentemente escapa a los condicionamientos a los que se hallarían sometidos los grandes movimientos de la sociedad. A esta altura sabemos, sin embargo, que no es así, y sabemos que el ordenamiento social del mundo cotidiano constituye, precisamente, el destino de cualquiera ideología orgánica. Una concepción autoritaria del mundo que sólo orientara los discursos públicos, la acción del Estado y la relación entre las clases sociales sería ya un instrumento poderoso de dominación. Pues ocurre eso, y más. La concepción autoritaria del mundo penetra también la vida diaria, no sólo a través de la regulación impuesta por el mercado a los comportamientos de los individuos, sino además por la forma que adopta la comunicación social, por la internalización del temor, el ejercicio del privatismo en la esfera de la familia y el trabajo, la simbolización del éxito personal, etcétera. En este sentido, resulta notable, por ejemplo, la creación de una pseudo esfera pública *dentro* del espacio privatizado de las personas. La proliferación en los medios de comunicación de una nutrida información sobre acontecimientos triviales —desde las piernas de Francesca hasta los hábitos de vida de los *chicago Boys*— terminan por constituir ese espacio pseudo-público, poblado por ídolos, anécdotas, “personajes”, querellas y triunfos, todo ello en un ambiente de familiaridad artificial y de fantasía comercializada. Por otro lado, la verdadera esfera pública, la del Estado, el debate político y la economía aparece como si tratase de un mundo privado, compuesto por personas y relaciones personales, exento de intereses y de conflictos, sometidos al cuidado paternalista de la autoridad. Con ello se excluye de golpe la participación política de los individuos y grupos, que deben reducirse a cumplir sus funciones privadas y hacerse parte de lo pseudo-público.

Hay quienes han llamado la atención sobre el carácter aparentemente “pobre” y rudimentario, desde el punto de vista de su elaboración intelectual y cultural, de la concepción autoritaria del mundo imperante. En verdad, no podría sino ser así. Una ideología que se desarrolla a la sombra del poder, en un ambiente caracterizado por el control, frente al silencio impuesto en la sociedad, tiene que crecer atrofiada por necesidad. De otro lado, como se señaló, la concepción autoritaria vigente se alimenta de dos vertientes principales cuya dimensión teórica es relativamente estrecha y marginal respecto a las grandes corrientes de pensamiento del mundo contemporáneo. A su vez, el tradicionalismo católico chileno actual se encuentra debilitado y su gravitación cultural es prácticamente nula. Por último, la nueva intelectualidad orgánica de la fracción dominante de la burguesía se encuentra ideológicamente cómoda sólo en tanto actúa dentro de los restringidos parámetros de su “ciencia económica moderna”. Más allá, sus incursiones resultan por lo general esporádicas e inútiles. La intelectualidad tradicional ligada a la clase dirigente se halla, en cambio, incómoda en el marco ideológico predominante, y su conservatismo

humanista y de valoración de la cultura superior resulta por lo mismo apéndice, además de profundamente irrealista frente a la tendencia que conduce a concebir la cultura como una empresa regida por el mercado.

Con todo, insisto, ese diagnóstico no debiera conducir a confusión. Pues una ideología se expande y genera conformismo no tanto por su grado de elaboración intelectual y cultural, sino que, principalmente, por su capacidad de materializarse en prácticas e instituciones, en el derecho, la organización del hogar, las vitrinas y edificios, la publicidad y la división del trabajo, la escuela y las entretenciones, etcétera. Y en el caso de un sistema autoritario, además, en la percepción de la fuerza que posee el otro, el castigo que puede aplicarme, el temor que me hace sentir, la obediencia que logra imponerme, etcétera.

Pues una concepción del mundo que se ha vuelto dominante, y que tiene tras de sí todo el peso del poder y los medios materiales para difundirse, determina también, negativamente, las posibilidades de desarrollo de las *concepciones alternativas* de mundo. Opera como un gran "interruptor" para la formación de esas otras concepciones, paralizándolas, distorsionándolas, y, en general, manteniéndolas en un nivel de completa desarticulación, que las vuelve incapaces de ofrecer un mapa cultural coherente con la práctica de las clases subalternas. Sobre todo en las condiciones actuales, la formación de concepciones alternativas está sometida a un régimen de particulares dificultades, desconocidas por cierto en el interior de la organización liberal-progresista de la cultura. Dichas dificultades van desde la ausencia de libertad para pensar y decir hasta las condiciones que obstaculizan la organización sindical, desde la monopolización de los medios de comunicación por la clase dirigente hasta el estatuto de exclusiones ideológicas imperante en las universidades, etcétera. En suma, es toda una nueva organización de la cultura la que está emergiendo con el propósito de asegurar la dominación de una clase e impedir las formas de expresión cultural del resto de la sociedad.